

DESENGAÑOS

DE

DON RAMON.

IMPRESIONES DE UN FORASTERO EN MADRID,

POR

JEREMÍAS.

MADRID.

Imp. de EL CASCABEL, á cargo de M. Bernardino,
CALLE DE LOS CAÑOS, NÚM. 4.

1861.

EL CASCABEL.

PERIÓDICO FESTIVO, LITERARIO Y POLÍTICO.

6 rs. por tres meses en toda España.
Hace frecuentes regalos á los suscritores.

MÁXIMAS MORALES AUTÓGRAFAS

de los contemporáneos más distinguidos en ciencias, literatura y política, reproducidas de los manuscritos originales, y publicadas por D. Carlos Frontaura.

Las MÁXIMAS MORALES AUTÓGRAFAS constan de 7 entregas, á 4 rs. cada una, pagando siempre una adelantada en Madrid.

Las personas de provincias que deseen suscribirse, remitirán al hacer el pedido el importe de la obra completa.

Las personas que adelanten el importe de la obra al suscribirse, la obtendrán por 4 rs.

Las suscripciones de provincias, en libranzas á D. C. Frontaura.

Se han repartido las entregas 1.^a, 2.^a y 3.^a

Dirección de la obra: Calle de los Caños, núm. 4, principal derecha.

HISTORIAS TRISTES,

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

Un tomo de 160 páginas, 4 rs. en la Administracion de EL CASCABEL, calle de los Caños, núm. 4.

EN PRENSA.

ROMANCES POPULARES

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

Un tomo de más de 300 paginas.

LAS TIENDAS,

POR EL MISMO AULOR.

DOS TOMOS.

A-Caj. 145

Diputación Provincial
de Madrid

Biblioteca

Reg. 9968

Vols. Folio Portana

Sig. mac 186
17

IMPRESION DE LA BIBLIOTECA DE MADRID

BIBLIOTECA

MADRID

1868

DESENGAÑOS

DE

R
9968

DON RAMON.

IMPRESIONES DE UN FORASTERO EN MADRID,

POR

JEREMÍAS.



MADRID.

Imp. de EL CASCABEL á cargo de M. Bernardino,
CALLE DE LOS CAÑOS, NÚM. 4.

1865.

DEBENTIVOS

DE

DON RAMON.

IMPRESION DE UN LIBRO EN MADRID

POR

HERNANDEZ

MADRID

Imp. de D. C. ...

... de ...

1807

AL LECTOR.

Preciso es aclarar cualquier duda, que al ver la portada de este libro pudiese ocurrir al que lo leyera, acerca de quién podrá ser ese D. Ramon *desengañado*; no porque en el dia haya nadie capaz de hacer suposiciones gratuitas sobre este epigrafe, sino para que, tanto la generacion presente como las venideras, sepan desde luego que este D. Ramon es un hermano mio, natural de Cifuentes, que así está lejos de serlo que su nombre aparenta, como el titulo de este libro de lo que á cualquiera se le antoje imaginarse.

El caso es únicamente que al nacer el tal hermano que Dios me ha dado, tuvieron nuestros padres la idea de llamarle Ramon.

Que al crecer él en edad y en posicion, ha aprovechado la favorable coyuntura de alcanzar unos tiempos en que todos, nada más que por odio á cuanto huela á aristocracia, nos llamamos *Don*.

Que jamás aquellos buenos padres nuestros, sencillos labradores, pudieron figurarse que andan lo los años, habia de llamarse su hijo D. Ramon, ni mucho ménos que por solo usar este titulo de dignidad antepuesto á su nombre de pila, habia de experimentar, al oirlo el resto de los

mortales contemporáneos, cierta sensacion más ó ménos agradable.

Que seguramente no les guió otra idea que la originalde escoger un santo *Nonnato*, sin calcular ni remotamente, la celebridad que algun dia, solo por llevar tan retumbante nombre, habia de suponerse á su hijo, al leer la cubierta de un libro nada ménos, ¡que él, criado entre terrones como las alondras, habia de dar á la estampa!

Que las ideas de mi hermano han sido empero más lógicas, puesto que habiendo tenido siempre ínfulas de hombre dado á las letras, ha dicho: Ya que mi santo fué *Nonnato*,—si es posible que sin ser fuese,—yo tambien puedo ser literato *nonnato*, y por lo tanto serlo sin serlo.

La cuestion no es muy clara que digamos, pero no es ahora caso de entrar en explicaciones complicadas.

Hechas, pues, tan indispensables aclaraciones y sabido que mi hermano es dado á escribir, como por lo general lo somos todos á aquello que ménos sabemos hacer, he aquí la carta que desde Cifuentes me ha remitido un dia de estos:

«Mi querido Jeremías: Ya sabes mi decidida aficion á la literatura y mi constante deseo de ser algo más que un oscuro habitante del país de la miel y de las castañas.»

«Tampoco ignoras que, cuando tú estabas en Asturias, fui á Madrid por primera vez, y que como aquel viaje era el acontecimiento más importante de mi vida, abrí un cuaderno de apuntes, donde fui anotando cuanto de curioso ví ó cuanto de singular me ocurrió durante aquel período memorable, con el fin de dar á luz más tarde el relato de mis aventuras y desengaños en aquella, para mí, tan atrevida expedicion, y que de este modo conste en adelante, no solo que en nuestra familia hay hombres que cultivan las letras lo mismo que las cepas, sino que vean tambien nuestros descendientes que entre sus ante-

pasados hubo quien, sin ser inglés, se perdió entre los escollos madrileños, como el intrépido Franklin se perdió entre los hielos del Norte.»

«Estas razones y las que en la introduccion de mi obra enumero, pueden servir como de exposicion del objeto que al publicarlas me propongo y como de prólogo al manuscrito de la misma, que adjunto te remito, de cuya fama póstuma quiero que tú tambien participes, poniéndole tu firma al pié, consiguiendo de este modo que toda la gloria quede entre la familia.»

«Adios.—Tu hermano.—Ramon.»

Cumplo, amado lector, con el encargo.

No veas en mí más que el cañon de la trompeta por donde la Fama envia al mundo entero el preclaro nombre de *D. Ramon el de Cifuentes*; y así como de la corona de triunfo con que éste piensa ceñir su frente, me cede las puntas que sobran por debajo del lazo que une sus extremos, yo te ruego que de la indulgencia que puedas tener con él, concedas una buena parte á su hermano

Jeremias.

DESENGAÑOS DE D. RAMON.

INTRODUCCION.

Tiempo hace que hierve en mi cerebro la idea de escribir, para hacerme hombre de pró, y sobre todo para dar en rostro á mis vecinos, que siempre andan diciendo, que *aunque le mona se vista de seda, mona se queda: que mal pega el Don con el Tiruleque*, y que por más que el *Din* me de *Don*, no tengo otro don que el de echarlo todo á perder.

Mas si he de ser franco, nunca hallé materia sobre que hacer brillar los destellos de mi erudicion y de mi fogoso entendimiento.

Parecia que siendo labrador debia saber algo de agricultura, y poder escribir algun tratado útil para la labranza; pero á más de que lo que yo sé en este punto lo saben hasta las yuntas de mi casa, no es de hombres modernos escribir de lo que caritativamente hemos de suponer que entienden.

¡La política!—¡De esto sí que escribiria yo, si no fuera temiendo á cualquier ley de imprenta que se nos descuelgue por ahí el dia ménos pensado!

Porque si no fuera por este temor, ¡qué otra

cosa podia detenerme, como no fuera la infinidad de españoles que hay dedicados á tan sencillo trabajo!

Vamos á ver, ¿qué estudios se necesitan para escribir política, ó hacer política, ó deshacer hasta la política, ó embañurnar la política, ó como VV. quieran decirlo? ¿Dónde están esas cátedras de donde brotan enjambres de políticos de gran talla, de talla oscura y de marca *viliputiense*?

Pues yo me contentaria con ser un político del tamaño del célebre *Thom Pouce*: un político de bolsillo, y poder ir en el de una de esas bonitas damas que, segun nos cuentan, se dan ahora á la política.

Con todo, el horno no está para hacer bollos; y por lo tanto, he renunciado á este género de Literatura galante, que dejará á la posteridad una relevante prueba de la *impolítica* del siglo XIX.

En esta incertidumbre he pasado mucho tiempo, hasta que el viaje que he hecho á Madrid me ha decidido á lanzarme en la vida pública, haciendo idem mis desengaños y mi disposicion para relatarlos.

Resuelto á llevar á cabo tan colosal empresa, no he perdonado medio alguno para darla todo el brillo imaginable.

Por de pronto y para que los de Cifuentes viesen que yo habia visto y leído más de lo que ellos se imaginaban, puse al pié de cada concepto tres, cuatro y hasta seis asteriscos ó estrellitas, formando una especie de *via lactea* que hermooseaba mucho la obra.

Luego, pensando en arrojar más luz sobre ella, dibujé la luna en la primera página, lo cual le daba cierto aire de *nocturno*, que tambien los hay en literatura, como los hay en música.

Despues la embellecí mucho más, pintando con suma maestría en cabeza del manuscrito un sol, que despedia tal claridad, que apenas se podia fijar la vista en él ni dos segundos siquiera.

Al principio de cada capítulo puse uno de los doce signos del Zodiaco, y por conclusion de todo la Osa mayor.

En vista de tanta inventiva no hallé inconveniente alguno para titular mi obra: *Aventuras celestiales, escritas con tinta azul celeste.*

Pero despues he reflexionado que este sistema desdice de la gravedad del asunto, y que renunciando á tanta astronomía, debo presentarme con cierta circunspeccion en la *cosa pública* de las letras.

No he puesto *república* por lo que todos VV. podrán comprender; á más de que mis convecinos hubiesen dicho que traducia al pié de la letra la palabra latina *res publica*.

Por lo tanto, todo mi conato se ha reducido á pensar en el nuevo título que deberia escoger.

Sucesivamente se me han ocurrido los siguientes:

Primero.—*D. Ramon ante la capital de la Monarquía.*

Mirando este por su principio, es muy terne y muy de efecto; pero mirado por el fin, me parecia algo *neo*.

Lo desecho.

A ver este otro.—*¡La víctima del engaño!*

Este estaria muy en boga, si yo me determinase á ponerle.—Pero.... ¡vuelvo!

Otro.—*¡De dónde viene?—¡A dónde va Don Ramon?*

¡Este si que es de moda y bonito!

Pero nó; tambien renuncio á él.—No quiero adquirir una popularidad que me cueste algun disgusto de los que aquejan á tantas otras celebridades de la importancia que la mia.

Cedo, pues, á la fuerza de mis temores, renunciando al refocilo de ser *víctima*.

Y si á VV. no les parece mal, pondré al relato de mi primer viaje á Madrid lisa y llanamente el título que va en cabeza del mismo.

IMPRESIONES PEREGRINAS.

•El hábito de reflexionar produce una vida interior que todo lo ve animado y bello. En esta disposicion del alma, todo es para ella objeto de meditacion; y asi como el aficionado á la botánica experimenta un gran placer al encontrar una flor nueva, asi el moralista no le experimenta menor al ver brotar en torno suyo verdades de mucho más valor que el de una planta desconocida.»

BONSETTEN.

I.

Hoy 1.º de Abril he llegado muy de mañana á Madrid, á donde vengo principalmente para activar el pronto y favorable despacho de cierto asunto de sumo interés para mí.

Aunque me he hospedado en la misma casa en que lo está un amigo y paisano mio, ni este come en ella, ni al objeto que me propongo en la capital cuadra de modo alguno sujetarme en este particular al capricho de nuestra patrona.

Por lo tanto, tomo posesion de la habitación que me estaba reservada y me recojo á descansar un rato.

La impaciencia de ver y observar lo que ocurre en este laberinto, del que tantas cosas raras se cuentan allá en mi pueblo, me obliga á levantarme al poco rato y á salir cuanto antes á la calle.

¡Quién sabe si á cada paso van á brotar en tor-

no mio flores que para un forastero siempre han de ser desconocidas?

¿Quién puede adivinar si ahora voy á saber verdades de sumo valor, aunque no sea más que por lo que me cueste aprenderlas?

Por otro lado, el estómago empieza á declararse en abierta rebelion contra la cortesia, precisándome á dejar con la palabra en la boca á mi amigo, para ir en busca de algo que poner en la mia, que no sea tan poco nutritivo como lo son las palabras.

Empiezo, pues, por recorrer al acaso varias calles, en direccion al centro de la poblacion, admirando lo grandioso de los edificios,—que son grandiosos,—y otras cosas por el estilo.

Como llueve á torrentes, tengo ocasion de aplaudir el espíritu previsor de los reglamentos de policia y ornato público, que, con el fin de que los transeuntes aprovechen toda el agua que el cielo les envíe, ha dispuesto que, de las vertientes de los tejados, unas bañen los piés del viandante, mientras otras le bañan la cabeza.

Y para que no haya evasión posible de estas últimas, unas vierten en las aceras, y otras en medio de la calle.

El baño general es, por lo tanto, inevitable.

Pero no es caso de empezar á reflexionar antes de haber fortalecido el estómago.

Busquemos una fonda, y almorcemos.

Cualquiera creerá que, en sabiendo leer, es fácil encontrar en Madrid un establecimiento de esta clase.

Pues es un error.

Llega V. á la Puerta del Sol é islas adyacentes, y en cuantos faroles, farolas, farolitos y reverberos se ven colgados en los balcones, no se

lee más que *Hotel* de tal cosa, *Hotel* de tal otra.
Está muy bien.

Yo no tengo obligación de saber el idioma francés, por más que sí la tenga, hasta cierto punto, de ser hombre instruido.

Pero ¿quién ha dicho que no puede cifrarse la instrucción en cosas mucho más interesantes que el conocimiento de las lenguas vivas?

Lejos de mí el negar ni rechazar la utilidad de tan provechoso estudio.

Me gusta mucho un buen estofado de lengua, sea esta de la nación que quiera, y eso que, por el hecho de estar estofada, ha de ser precisamente lengua muerta. Y en cuanto á las vivas, ¡Dios me asista! ¡Qué lengüecitas hay por esos mundos!

Pues señor: *Hotel*.—Quedo enterado.

Esto debe ser una corrupción del dialecto valenciano, en el que la palabra *Posada* se dice *Hostal*.

No busco posadas.

Posada en España es sinónimo de purgatorio.

Plagas, hambre, martirio, y las llamas del Infierno en perspectiva.

Basta pedir un par de huevos en una posada para que contesten que no los hay, aunque se estén viendo las gallinas.

Pida V. jamón.

Tampoco hay.

Pida V. lo que quiera, que de nada encontrará, como no sean sopas y vino.

Eso sí: vino, en abundancia. Como que por lo regular dichas casas están todas situadas al pie de arroyos, ríos ó fuentes, y si no, todas tienen pozos, á fin de que no falte agua para las caballerías.

Pero tate: aquí hay un *Hotel* que se llama de los Embajadores, en cuyo farol,—en el del *Hotel*,—se lee: *Cenas á todas horas*.

¡Adios esperanza mía!

¿Cómo he de almorzar ni comer donde no se sirven más que cenas á todas horas?...

¿Si será costumbre ó ardid diplomático de los embajadores no hacer otra cosa más que cenar veinticuatro veces al dia?

En tal caso no será cierto lo que dicen, de que algunos de ellos son *cena á oscuras*.

¿Qué demonio de idea, qué pensamiento económico-culinario, qué cálculo á la *fourchette* habrá impulsado al dueño de este *Hotel cenador* para no servir en él otra comida?

Vamos, si le digo á VV. que estos extranjeros son el mismo Barrabás.

Sigamos adelante.

Restaurant de.... Restaurant de....

Pues señor, aquí es donde peor se escribe el castellano.

¿Para qué será esa *t* final en la palabra *restauran*? Y luego, *restauran de*, en vez de decir qué es lo que restauran.—Está visto: en Cifuentes no sabemos la mitad de lo que pasa en el mundo.

Café.... Almuerzos y cenas.

Café de.... Almuerzos y cenas.

Café de.... Cenas y almuerzos.

Café de.... Almuerzos, billar y cenas.

¿Conque es decir que todo está invertido en este centro de la civilizacion española?

¿Conque aquí no se come, puesto que no se anuncian por todas partes en francés y en castellano más que cenas y almuerzos?

Pues almorzaremos; eso es lo que yo quiero.

Pero si nos atenemos al rótulo, me expongo á que no me den el almuerzo sin la cena.

Y francamente, para cenar es muy temprano.

¿Y si me dan la cena antes que el almuerzo?

¿Sería curioso empezar por una ensalada de berros, cuando aun se está en ayunas!

Pues no digo nada si *velis nolis* le obligan á

uno á comerse un billar entre almuerzo y cena.
¡Válgame Dios! muchas flores nuevas voy encontrando, tan nuevas, que jamás las he visto; pero maldito el júbilo que experimento al ver que las horas pasan y que nada como.

Continuemos:

Fonda de.... Mesa redonda á las cinco.

Si fuese más tarde entraria aquí á ver de qué maña se sirven para que esta mesa no sea redonda hasta las cinco de la tarde.

Fonda de.... Table d'hote.—Mesa redonda.

¡Dale con que son redondas! ¡Y á mí qué me importa?

Y que son de tabla.

Pues lo mismo me da; lo que es menester que nos digan es, si en estas fondas dan bien de comer, y hemos concluido.

Pero ¡gracias al cielo!

Fonda Española.

Aquí no dicen lo que dan, lo cual prueba que ó dan de todo ó no dan nada.

No sé por qué, al leer este rótulo experimento aquel regocijo de que habla *Bonstetten*.

Como tengo un hermano que se llama Jeremías, tengo algo de profeta; y mi corazón es tan leal, como dicen en mi tierra, que con mucha anticipacion me pronostica los sucesos.

Entro, pues, almuerzo, y entre plato y plato me entrego á la meditacion.

En este local ha de suceder algo grande en breve tiempo, he dicho para mí.

No sé por qué ni cómo; pero aquí ha de suceder algo asombroso algun dia.

Y ¡oh presciencia admirable!!

Ya han visto VV. despues lo que al año de mi pronóstico ha sucedido.

Entónces no podia yo determinar el suceso ni en globo ni en detalle; pero me preocupó aquel

presentimiento en tales términos, que me volví maquinalmente á mi casa, me acosté, quedéme dormido, siempre meditando, y no he despertado hasta la mañana siguiente.

II.

Ayer perdí el dia por completo.

El cansancio, la falta de reposo y los demás motivos que he manifestado, fueron la causa de mi prolongado sueño.

Hoy pienso emplearlo mejor.

El tiempo está hermoso.

Paseémonos.

He almorzado y no son más que las doce; conque vamos hácia la Puerta del Sol.

¡Cuántos hombres hay parados en este sitio! Serán todos rentistas ó extranjeros.

Extranjeros más bien.—Yo he leído, no sé dónde, que segun Strabon, los antiguos españoles eran tan afectos al trabajo y tan enemigos del ocio, que al ver por primera vez á unos centuriones romanos pasearse por la plaza pública, se burlaron de ellos, tomándolos por locos.

No es posible, por lo tanto, que entre los descendientes de aquellos españoles haya ahora tanto perezoso.

Más bien serán descendientes de los centuriones paseantes, porque como aquellos indios romanos estuvieron por acá tantos años, todo pudiera ser.

Escuchemos lo que dicen.

—Hola, D. Liborio; ¿á dónde va V. con su capita? á paseo, ¿no es verdad?

—Nó, señor; voy á mis negocios.

—¡Já!... ¡já! A sus negocios ¿éh?

—¿Qué hemos de hacer sino trabajar?

—¿Y en qué trabaja V?

—Hombre, como no tengo rentas ni destino, me ocupo en varias cosas que me reportan alguna utilidad.

—Yá; ¡buena utilidad sacará V. por cierto!— Pues yo estoy aquí haciendo tiempo para ir á hacer visitas, á paseo, á comer, y luego al teatro.

—Esa es buena vida.

—No es mala.

—Amigomio, V. no tiene precision de trabajar, pero no le envidio su dicha.—Conque hasta la vista.

Este señor D. Liborio tiene razon.—Poco envidiables son estas plantas estériles, que ni saben hacer ni hacen otra cosa que comer, pasear, dormir, y cuando más, cobrar un sueldecito en cambio de tan improbo trabajo.

—¿Qué hay de nuevo, Manolo?

—Hombre, que muy pronto se va á armar una, que ni los rabos han de quedar.

—Es claro: como que, segun dicen los periódicos, creo que ya se nos va acabando la paciencia...

—¿Me prestas ocho cuartos?

—Chico, todo lo he perdido esta mañana al tute.

—Pues á mí, una sotita me dejó anoche sin un *calé*.

—Vaya, dame un cigarro.

—Toma esa punta, que es lo único que me queda.

—¿Pues no estabas ayer tan en grande?

—Sí; pero por la tarde estuve en el *gazapon*, y como el *Tuerto* es un pillo....

—¿Lo perdiste todo?

—¡No es cosa! pero si no acude tan pronto el *Zurdo*, lo dejo allí seco de una *mojía*.

—Ea, vámonos al café de la Juana, que allí nos fian, y echaremos un *cané*.

Vaya; ¿de dónde sacarán estos caballeros el dinero que pierden al juego? ¿del trabajo? Pues si

trabajan, ¿cuándo juegan? y si juegan, ¿cuándo trabajan?

Está visto que en esta tierra hay muchas plantas exóticas.

—Vamos, D. Nicomedes, es menester tener paciencia y esperanza en Dios.

—¡Ay D. Lucas! si no fuera por eso, hace días que ya no viviria.—Cesante hace tres años, con treinta y ocho de servicio, sesenta y nueve de edad y una exigua cesantía de 3,600 reales, ya puede V. imaginarse cuánto tiempo hará que se han agotado todos mis recursos.

La mísera boardilla que habito me cuesta ocho reales diarios.

A mi edad, con mi salud quebrantada, y teniendo que atender á mi pobre mujer, que está ciega, no puedo continuar buscando un trabajo que en muchas partes he solicitado en vano, porque en la codicia de los hombres no cabe el reconocimiento hácia la máquina usada, de que acaso se sirvieron para labrar su fortuna, pero que ya no puede servirles.

Esta mañana mi infeliz mujer estaba desfallecida, y yo tambien.

No teníamos más que dos cuartos.

He ido á vender dos camisas suyas y el último pantalon que me quedaba servible.—De los míseros seis reales que por todo ello han dado, tres se los ha llevado el carbonero; y de los tres restantes, despues de haber comprado un poco de pan y otro poco de aceite para hacer una sopa, solo me restan veinticinco céntimos.

¡Y mañana!... ¡Mañana, exclamó sollozando, la pobre ciega no tendrá que comer!....

D. Lucas le da una moneda, cuyo valor no distingo, y el desgraciado cesante, despues de apretarle la mano, se aleja con paso trémulo.

¡Cuánto mejor fuera que el que goza de ren-

tas ó de sueldos que le permiten hacer tiempo para ir á paseo y al teatro, así como el que juega y á más del dinero pierde tiempo, juventud y moralidad, trabajasen cada cual en su esfera para procurarse una subsistencia cómoda, pero modesta, y aplicasen lo que del producto les restase al socorro del desvalido, que por la edad ó por los achaques no pudiese ya, como D. Nicomedes, continuar siendo un resorte útil en la gran máquina social!

Pero desgraciadamente esta idea no es una verdad, y por lo tanto el moralista jamás la ve brotar en torno suyo.

—Adios, Luisa.

—Hija, ¡cuánto me alegro encontrarte!

—¡A dónde vas?

—Yo, á Santa Cruz, á buscar estambres para bordar.

—Pues yo, á la calle del Cármen á comprar encajes.

—¿Pero has visto cuánto vago hay siempre en esta Puerta del Sol?

—¡Ay, hija! no se puede pasar por aquí.

—Dime, ¿quién es aquel muchacho con toda la barba que está parado allí?

—No lo sé; y es muy guapo; pero tan fátuo, que jamás mira á una mujer.

—Eso he reparado; pero yo no puedo quejarme.

—Hacia aquí viene.—Ahora verás.

—Chica, pues lo que es hoy, te ha dejado lucida: ni siquiera nos ha mirado.

—Y este que está aquí....

—Calla, no lo oiga.

—Señoras, ¿son VV. forasteras? ¿Necesitan VV. un guia? Tendré mucha honra en servir á tan preciosas criaturas.

—Jí.... jí.... ¡Caballero!

—¿Has visto qué necio?

—¡Anda! ¡allá va otro ganso! ¡qué pisoton me ha dado en el vestido!

—¡Si no se *pusió* V. en medio, con más cola que una cometa!

—Déjale, Luisa; si te digo que no se puede pasar por aquí.

—A mí me aburre lo que no es decible; y por lo mismo no sé cómo me las arreglo, que tengo que cruzar por este infierno seis ó siete veces al día.

—Pues lo mismo me pasa á mí.—Conque, adios, Luisa.

—Adios, hija mia.

Por lo que veo, lo que les pasa á estas señoras les pasa á otras cien mil.

Esto consistirá en que el comercio está reconcentrado en las calles inmediatas á este sitio; pero antójaseme que, si en este prado no hubiese constantemente tanta flor silvestre, no revolotearian en su alrededor tanta incauta mariposa.

III.

Vamos ahora á la Carrera de San Gerónimo.

Aquí sí que están los centuriones de que nos habla Strabon, porque los señores que por aquí se ven se pasean como aquellos, y la mayor parte tienen traza de personajes.

—Hola, Alfredo, ¿cómo no estás en la oficina?

—Hombre, porque Julia se empeñó en que almorzase hoy con ella.

¿A que no se queda á almorzar con nadie este señor el día que den la paga en su oficina?

—

—Chico, ¿no sabes la desgracia ocurrida?

—¿Ha caído el ministerio?

—Nada de eso: por ahora estamos más firmes que un roble.

—¿Pues qué pasa?

—Que Juanito se ha suicidado porque anoche perdió en el Casino 200,000 reales que no eran suyos.

Es decir que, á más de tener el execrable vicio del juego, cuyos frutos son siempre funestos, atenta contra una existencia que tampoco le pertenece, puesto que la ha recibido del Supremo Hacedor, —Es decir, que no puede soportar, después de su falta, la acusación pasajera de los hombres; ¡y se atreve, no obstante, á arrostrar el juicio severo é infalible del Eterno!...

¡En qué espesas tinieblas se hallan envueltos, para muchos, los sólidos principios de religion y de moral, cuando tan frecuentes son las catástrofes de este género!

¡Y cuán poco anhelo en disiparlas hay en los que debieran á toda costa tratar de conseguirlo!

—Adios, señor de....

—¡Húm!!

—¿Quién es ese?

—Qué sé yo: un *quidam*, un empleadillo, ó un artista de mala muerte, ó un escritorcillo, ó un *cursi* cualquiera. —¿No ves qué facha tiene!

—Pues me habian dicho que es un jóven muy estudioso y aplicado, excelente hijo y muy buen padre.

—Podrá ser, pero es un *cursi*, vamos.

—Beso á V. E. la mano....

—Adios, señor D. Aquiles....

—¿Y ese?

—Este me debe tres mil duros; ¡pero tiene más chispa y más gracia! —Luego es un hombre *fashionable*: le conocí en París, y es descendiente de una nobilísima familia escocesa....

—¿Y nada más?



—¿Te parece poco?

—Adios, Laura.

—Déjame en paz.—¿Esperándote ayer todo el día, y tú sin parecer por mi casa?...

—Vaya, pobrecita, no te enojés.—Luego te mandaré el aderezo.

—Pues adios.

—Adios.

—Y esa, ¿quién es?

—Esta es una muchacha del teatro.—Veinticinco mil reales me cuesta el tal aderecito.

—Señorito, una limosna por el amor de Dios, que soy viuda, tengo tres criaturas y estoy enferma.

—Pídale V. la limosna al Gobierno, que nos esquilma con sus contribuciones, y no sea importuna.

¡Venticinco mil reales por el amor de una bailarina, y ni un ochavo siquiera por el santo amor de Dios!

Esta impiedad sí que es una verdad de las que á cada paso halla el moralista para probar las palabras de *Bonstetten*.

—

Héme aquí en las Cuatro calles.—¡Qué bonitas!... á ver qué dicen estos mocitos y esa sirena encantadora que está hablando con ellos.

—¿Pues nó queria ese tuno que trabajase yo seis horas al día por solo diez reales? ¡como no le den morcilla!

—Chico, has hecho bien. Anda y que trabaje él.

—Pues claro; mientras este aquí mi Paca, no me ha de faltar un duro en él bolsillo.

—Y *naa* más, chico.—Mira, ahí va el Tato. ¡Qué *salao* que es!

—¡Ya me vas tú cargando con la sal de los toreros!...

—Pues hijo, si te carga la sal, ve á trabajar y comerás un poquito de rejalgar....

—¡Agraece que está ahí el *ispetor* del *destrito*, que sino te quedabas ahora *mesmo* sin una muela!

—¡Y á mí qué!—¡Lo *mesmo* se *mi* importa el *ispetor* que el *Presiente* de los *menistros*!

—¡Eh! ¡éh!

—Un coche.

—¡Eh! ¡éh!

—Otro.

—¡Eh! allá va.—¡Raa, zagala!

—Un ómnibus.

—¡Eh! ¡éh! ¡hooo!!

—Un carro.

—¡Eh! ¡éh! ¡éh!

—Un *simon*.—¡Otro!—¡Otro!—¡Ciento!—¡Mill! ¡Jesús qué Babilonia!—Me *marcho* corriendo á casa y no vuelvo á salir hasta mañana.

IV.

Llevo tres dias sin hacer más que ir á la oficina donde han de despachar mi solicitud y esperar en balde la ocasion de ver al oficial encargado de su despacho.

Tres dias sin resultado, y otros dos que he desperdiciado en pasear por las calles, visitar los monumentos notables, y en ir á casa de la sobrina de un amigo y vecino mio en mi pueblo, de quien la traigo un encargo, sin haber conseguido verla, suman ya cinco dias perdidos.

A este paso mi viaje á Madrid va á ser un viaje á Indias.

La tarde está serena, y el sol, en su descenso hácia el ocaso, ilumina con sus dorados rayos las cúspides de las torres de la populosa córte de España.

Desde el balcon de la casa en que vivo veo á mis piés una calle triste y solitaria.

Al frente descubro infinitos tejados, chime-

neas, miradores y boardillas; porque el cuarto donde habito está á muchos piés de elevacion sobre el nivel de lo razonable.

En la calle hay tres corrillos de muchachos de diversas edades, pero de una sola profesion.

Todos son vagos.

Juegan á las chapas y hacen profusa ostentacion de conocer muy á fondo, á pesar de su temprana edad, el inmenso vocabulario de blasfemias, obscenidades y groserias más en uso.

Esto prueba la educacion que se da á las masas.

En una estrecha boardilla de las que están enfrente de mi cuarto, descubro un mísero lecho, en el cual hay una niña que apenas cuenta trece años.

Al lado de la cama, un perro de aguas que observa los más insignificantes movimientos de la enferma con esa mirada melancólica é inteligente, elocuencia muda y poderosa, propia de su raza, y que por sí sola explica más que infinitos discursos.

¡Pobre niña!

Una aneurisma femural que hace tiempo padece, la tiene postrada y con pocas esperanzas de salvarse.

La ví el primer dia que llegué á Madrid, y mi huésped me refirió cuanto de ella sabia.

Es hija de un desgraciado viudo, cuyas adversas vicisitudes le han obligado á buscar una ocupacion, que no ha encontrado sino fuera de Madrid, donde pasa toda la semana, y por lo tanto se ve precisado á dejar á la pobre niña al cuidado de una vecina, de un hermanito de aquella y de su leal perro de aguas.

Alí, —que así se llama este fiel guardian de la infeliz doliente, —ha tomado una actitud de atencion vigilante; de pronto se lanza hácia la puerta de la boardilla, resuelto, al parecer, á defenderla aun á costa de su propia vida.

Luego deja oír un ténue aullido, y su alegre

mirada é impacientes movimientos demuestran que es amigo el que se acerca.

Suena la llave de la puerta; ábrese ésta y aparece un niño vestido con una blusa azul, el cual trae en la mano un pucherito.

Es el hermano de la enferma, el cual se dirige hácia el fogon que hay en la vivienda, donde se ve algun rescoldo; aproxima el puchero á la lumbré y vuelve hácia el lecho, para cambiar con su hermana algunas palabras que no puedo entender.

—¡Agua! ¡agua! gritan en este momento los chicos que hay en la calle; y en el mismo instante corren desbandados y como exhalaciones hácia la esquina opuesta.

Un alguacil los persigue y logra detener á uno de ellos, el cual, con lágrimas y alaridos, pugna por evadirse, y jura que él no jugaba, á pesar de tener aun las chapas en la mano.

Reúnese bastante gente, y cuando el dependiente municipal se dispone á conducirlo ante la autoridad, un hombre se interpone para defender al muchacho.

Este logra escaparse, y al ir á perseguirle de nuevo, varias mujeres exclaman:

—Vaya, déjele V.—¡Pues no falta ya más sino que ni los chicos puedan estar seguros!

—Señora, es que escandalizan, y está prohibido.

—A V. sí que lo habian de prohibir, dice una vieja que se ha asomado al ventanillo de una cueva.

El alguacil se va sin responder ni una palabra: cada cual hace otro tanto, excepto el primer defensor del muchacho detenido.

Y á los cinco minutos vuelven á comparecer los jugadores, tornan á sonar las chapas y sigue la funcion como antes.

Al poco rato sale corriendo á la calle el niño de la blusa azul, vuelve la esquina y desaparece.

La puerta de la boardilla ha quedado entornada, y *Alí*, sentado de cara á la misma, mira con ojo avizor el descansillo de la escalera.

Antes de dos segundos aparece de nuevo en la calle el hermanito de la enferma con una rosca en la mano, cuidadoso obsequio que lleva á su querida hermana, que le ha manifestado deseo de tomar un poquito de pan con el caldo que antes le ha traído, preparado por la caritativa vecina.

—¡Trae aquí esa rosca, silbante! le dice uno de los jugadores, al pasar junto á ellos.

El niño la esconde precipitadamente debajo de la blusa y trata de huír.

—¡Como que te vas á escapar! exclama otro de aquellos tunos cerrándole el paso.

—Que suelte la rosca, gritan todos.

Y uno le da un empujon, otro le quita la gorra, este le asesta una puñada, aquel un golpe, hasta que derribándole en tierra, consigue el más osado apoderarse de la rosca.

En vano el pobre niño les ha suplicado que le dejen; inútilmente les ha dicho que era para su pobrecita hermana: nada han escuchado, y ni aun siquiera han oído sus ruegos, perdidos en aquella confusión de voces, de injurias y de barbaridades.

La vieja del ventanillo, que de nuevo se ha asomado, no ha tenido más palabras para condenar tal infamia, que la de exclamar: ¡Jesús, que *endinos* de chicos!

Las mujeres que antes abogaron por la libre facultad de divertirse dónde, cómo y de la manera que á cada uno de aquellos holgazanzuelos le acomodase, miran la escena con la mayor indiferencia.

Y el defensor del jugador detenido, que habia continuado en la calle, mira el ataque, se sonríe brutalmente y desaparece.

¡Nadie acude en auxilio del pobre niño!...

75 Pero apenas ve éste que sus adversarios le arrancan el pan que con tanta solícitud lleva á su desgraciada hermana, cuando lanzando un grito de dolor hace llegar hasta su morada el eco de su desesperacion y de su angustia; y antes que aquellos miserables logren saborear el fruto de su rapiña, el noble *Alí*, con la poderosa rabia que le inspira su penetrante instinto, cae sobre ellos como un rayo, causando en sus cuerpos no pequeño destrozo.

El grito espantado de: *¡Está rabioso!* dado providencialmente por otro vecino de los que se habian asomado, pone en precipitada fuga aquella banda de vagabundos, terminando así tan desagradable escena.

Pocos momentos despues entran en la boar-dilla el niño de la blusa, la mujer encargada de cuidar á su hermana y el fiel *Alí*, que trayendo en la boca un pedazo de la disputada rosca, en señal de su victoria va á deponerlo junto á la cabecera de la cama de su afligida ama.

La vecina, que á su vez tambien trae un panecillo y alguna otra cosa, que no puedo distinguir, consuela y tranquiliza á la enferma.

Esta, despues de haber tomado el caldo y comido un poquito de pan en union de su hermano y de *Alí*, que el uno sentado en la cama y el otro echado á los piés de la misma han participado de tan frugal refrigerio, se ha quedado triste y pensativa como lo está siempre, contemplando la ráfaga pasajera que allá en el horizonte se destaca azulada sobre el encendido fondo del Occidente.

¡Infeliz criatura!

¡Cuán doloroso es ver marchitarse temprana una flor que debiera esparcir quizá el aroma de su virtud y de su filial ternura sobre la arrugada frente del encanecido autor de sus dias que ahora



agotó sus fuerzas para criarla y verla después ser su consuelo!

¡Qué triste es ver languidecer en la melancolía un ser cuyos iguales rien y juegan placenteros, mientras él no puede participar de su infantil ventura!!

¡Y qué monótono y angustioso ha de ser también no ver en todo el día más que el pájaro que vuela ó el torbellino de humo que arroja la chimenea impulsado por el viento!

—
La vecina ha encendido luz y ha cerrado la ventana. Nada veo ya.—¡Acaso ese par de ángeles, bajo la custodia del incansable y fiel *Alí*, cierren juntos una noche sus párpados y al amanecer se encuentren separados para siempre!...

¡Pobres niños desamparados!

PLANTAS INDÍGENAS.

—

I.

Pues ello es preciso ver á la sobrina de mi amigo.

Los días van trascurriendo y ninguna razón puedo darle de su encargo.

Vamos allá.

Aquí es: subamos.

—¿Está en casa la señora Doña Angustias?

—Sí, señor.

—Gracias á Dios.

—Pase V. á la sala, que ahora saldrá.

—¡Hola! ¡un lorito!

—¡Para España, para España y también para Portugal!

—¡Caramba!—¡Este lorito es unionista!

—¿Eres casado?

—¡Já, já, já!... ¿A tí que te importa?

—Tiene razon.

—Señora, á los piés de V.

—Caballero, ¿qué tiene V. que mandar?

—He venido tres dias y no he tenido el gusto de encontrar á V.

—¿Y con qué fin? porque como no tengo el honor de conocerle, me figuro que vendrá V. equivoado.

—¿No es V. la señora Doña Angustias Fernandez, viuda de Zalea?

—Sí, señor; Angustias me llamo, y viuda soy... pero....

—Pues entónces, señora, si así es y tiene V. un tio en Cifuentes, rico hacendado, que se llama D. Torcuato, V. es sin duda su sobrina, á quien me encargó buscase en esta calle, casa, número y cuarto, para entregarle los 4,000 rs. de que V. tiene noticia.

—¡Noticia! ¡noticia! ¡buena noticia!

—¡Calla, lorito!

—No seas tonta.—¡Las Noticias! ¡Las Noticias!

—Siento en el alma que se haya V. molestado tantas veces; pero como estoy sola, ¡me aburro tanto de estar en casa!...

—Ya lo creo.

—Es muy triste haber perdido la única compañía que nos puede ser grata....

—¡Yá! ¿Hace mucho tiempo que está V. viuda?

—¡Ay!... ¡Tres años y medio!

—¿Y no piensa V. casarse otra vez?

—Nó basta pensarlo.—¡Hay tan mala cosecha de novios todos los años!

—Es verdad, señora; no sé en qué consiste, pero el clima de España ha variado mucho y las recolecciones dan poco de sí.

—¡Oh! y si viviera V. en Madrid, ya vería cuánto tizon tiene el trigo que se vende para amasar panes de boda.—Además, ¿quién me ha de querer á mí siendo ya una viuda vieja?

—Señora, si la vejez se representase por una figura tan hermosa y tan lozana como la que V. tiene, todos anheláramos llegar á viejos cuanto antes.

—¡Já! ¡já! ¡Qué lisonja tan galante!

—*¡Las Novedades y La Correspondencia!*...

—¡Silencio, lorito!

—*No me acomoda.*

—Conque, señora, si V. me permite voy á entregarle los cuatro mil reales y á retirarme.—Hoy escribiré á D. Torcuato, diciéndole que está cumplida su comision.

—¿Tan pronto se va V?

—Sí, señora, si V. no dispone otra cosa.

—¿Ha venido V. á Madrid por mucho tiempo?

—Por un mes, dia más, dia ménos.

—A divertirse, ¿no es verdad?

—A negocios y á gastar un poquito de dinero, porque ¡hay tantas tentaciones!

—Pues cuando se puede se gasta; si una cosa gusta, alcanzarla; este es mi sistema.—¡Es lo único que hemos de sacar de este mundo!

—Señora, cosas hay, no obstante, que no se alcanzan por más sacrificios, en metálico, que se esté dispuesto á hacer.

—¿Cree V. eso? Desengáñese V., con fé y con esperanza se busca la caridad; y como siempre van juntas....

—*¡El Amor, la Gacetilla y El Cascabel!*

—¡Jesús qué diablo de lorito!—¡Mira que te encierro!

—Aquí tiene V. cuarenta monedas de á cinco duros.

—¿Y le he de dar á V. recibo? ¿ó basta que escriba yo á mi tío?

—Señora, D. Torcuato nada me dijo; luego yo

no debo exigírselo; además, si V. le escribe....

—¡Cuánto siento que se marche V. tan pronto!

—Si V. me lo permite, vendré á ofrecerla mis respetos otro dia.

—Tendré muchísimo gusto en ello, y le suplico sea lo más pronto y á menudo que sus ocupaciones se lo permitan.—¡Ah! ¿Su nombre de V?

—Aquí tiene V. mi targeta y las señas de la casa donde estoy parando.—A los piés de V.

—Beso á V. la mano.

II.

Vaya, D. Ramon, ya empiezan las aventuras. ¡Es mucho Madrid este!

La viudita es buen bocado.—¡Y qué amable! —Casi casi parecia un poquito demasiado amable.—¡Pero báh! —¡Este será otro presentimiento ilusorio como el que experimenté el dia pasado en la Fonda española!

Sin embargo, aquellas miradas.... aquel acento intencional en sus palabras....

Hombre, ¿qué tendria de particular que yo le hubiese parecido bien?—Aun soy jóven, rico, bastante elegante, nada tonto; y no porque sea de Cifuentes he de ser la antitesis del amor.

En fin, ya veremos.

¡Y la carta que he de mandar á D. Torcuato?... A la noche ó mañana, ¡qué prisa hay! Si su sobrina le escribe, que sí le escribirá, ya verá que he cumplido su encargo.

Ahora vamos á la oficina donde han de despachar mi solicitud, á ver si sé algun resultado, y luego hablaremos.

En la antesala donde esperan los pretendientes, se encuentran varios de estos aguardando á que

el oficial que tiene mi asunto llegue y les dé audiencia.

Parece, según dice el portero, que su S. S. no ha vuelto aun del Congreso, á donde ha tenido que ir por cierto asunto del servicio.

Mas un pretendiente afirma que el asunto será del servicio de S. S. y no del de la nación.

Una señora, que de paso nos cuenta que es viuda á la vez de dos intendentes y de otros dos jefes de administracion, y que dice conoce á S. S., asegura que donde quizá estará, será en casa de su peluquero, porque es extremadamente dado á la compostura y al acicalamiento de su persona.

Y otra viejecita, de aspecto necesitado, verdadera imágen de las clases pasivas, dice que no hay semejante Congreso ni semejante peluquería, sino que aun no habrá salido de su casa.—Y como la viuda *cuádruple* la mira desdeñosamente, añade aquella con intencion:—Aunque yo no he tenido cuatro maridos á un tiempo, tambien conozco mucho á S. S.

Todos se quejan del tiempo que se les hace perder, de los muchos empleados que hay, y afirman, por último, que todos estos son idénticos.

Pero un señor de los que allí se encuentran hace observar lo aventurado de la última aseveracion sentada por los concurrentes, y expone que si hay muchos empleados, tambien hay cada día infinitos pretendientes más, que hacen necesario el mayor número de aquellos para atender á tanta solicitud, á tanta peticion y á tanta exigencia; que si es cierto que el pretendiente pierde tiempo y paciencia, no necesitan poca los que han de escuchar los diversos clamoreos, á veces caprichosos, de cualquiera que, solo por ser solicitante, se cree con un derecho incontrovertible á ser atendido y servido con preferencia á todos los demás; y en suma, que funcionarios públicos

como el que todos íbamos á ver, son afortunadamente una excepcion de la regla.

Mientras esto se decia en la antesala, oia yo, aunque confusamente, otra conversacion que tenia lugar en la habitacion inmediata, cerca de cuya mampara estaba sentado y junto á la cual permanecia de pié el portero.

Los pretendientes continuaron hablando entre sí en voz baja, luego que aquel caballero hubo terminado su observacion, y de este modo, disminuyéndose el ruido, pude distinguir lo que en la otra estancia se decia.

—¿Conque estaba V. anoche en el Teatro Real? Pues no le ví á V.

—Sí, señor; yo no pierdo funcion.—¿Qué diablos!—Para eso estoy abonado.—¡Y más ahora que ha llegado por primera vez la Patti!—Es un ángel cantando esa chica.

—¡Hombre!—No sé: yo no acabo de comprender... en fin, para mí es un gilguerito, y nada más.

—Permítame V., señor director, que le explique las razones en que los inteligentes en el arte se apoyan....

—¡Bueno! ¡bueno!... Para mí es un gilguerito.—Conque vamos, ¿qué haria V. en el caso que marca este expediente?

—¿En el caso que.... Yo le diré á V.... Primero veria si se podia ó no se podia... luego... si no se podia ó si se podia.... y apoyado en esta lógica, daria mi resolucion.

—Sí, pero como es un caso nuevo, hay que establecer jurisprudencia.

—Cabalmente, jurisprudencia; eso, eso digo yo.

—Pues ponga V. una comunicacion al Gobierno con este objeto.

—En seguida, señor director.

Acto continuo suena una campanilla, y el portero entra en aquella habitacion, saliendo en seguida y diciendo á uno de los pretendientes: Pase V.

Entra. —No he oido lo que él ha dicho, pero si he oido al empleado contestarle: *Está al despacho.*
Entran otros tres sucesivamente.

Tampoco oigo más que repetir tres veces segundas: *Está al despacho.*

Tócale el turno á la señora viuda de cuatro, la cual con voz clara y elevada, dice desde la puerta:

—Beso á V. S. la mano.

—Señora, *está al despacho.*

—¿El que?

—Señora, lo que V. pide.

—Yo no pido nada, he saludado á V. S.

—Es igual; vuelva V. dentro de ocho dias. —

¡Otro!

El portero hace pasar á la viejecita.

—Dios guarde á V. S., señor.

—Está negado.

—¿Cómo?

—Porque hay una Real orden que así lo previene.

—¿El que Dios guarde á V. S.?

—Nó, señora; lo que V. solicitaba.

—¡Pero señor!...

—Nada, señora, no hay más señor, sino que está negado.

III.

Sale la vieja compungida y llorosa; y yo, para suavizar un poco el severo laconismo que el señor oficial usa en sus audiencias, ruego al portero le entregue, antes de que llegue mi turno, una tarjeta del diputado de mi distrito, que de antemano me ha dado este para él.

Delante de mí hay aun dos personas á quienes corresponde entrar.

Han pasado diez minutos desde que ha salido la viejecita, y nadie entra.

Viene el portero, y me dice que pase.

S. S. me sale al encuentro, me alarga la mano y me suplica tome asiento un instante, porque tiene que dictar una comunicacion urgentisima.

Accedo á su indicacion, y dirigiendose él á un escribiente que hay en otra mesa, le dicta:

—Excmo. señor.—Coma.

—Excmo. Señor.—Coma.

—Siendo preciso que.—Coma.

—Siendo preciso que.—Coma.

—El jefe de esta dependencia.—Coma.

—El jefe de esta dependencia.—Coma.

—Que coma la dependencia del jefe....—Punto y coma.

—Que coma la dependencia del jefe....

—¡Qué atajo de desatinos está V. poniendo ahí!

Traiga V. aquí esa minuta. No sirven VV. para nada. A ver, deme V. tambien el expediente.

—Aquí está.

—¡Eso es! ¡Cosido con hilo blanco, en vez de estarlo con hilo encarnado!—¡Así va todo! ¡Qué dirá el Gobierno!—Y luego se llamarán VV. hombres entendidos!... ¡Vaya V. con Dios!

Y volviéndose á mí me dice:

—Dispense V., amigo mio. ¡Pero aquí, ó lo ha de hacer uno todo, ó de lo contrario.... ya ve V!—Pues lo mismo es con el jefe; por otro estilo.—No ha de tomar resolucion ninguna sin que yo le dé ántes mi parecer, mascadito, y explicadito, y clarito.... ¡Vamos! ¡luego dicen!

—¿Conque V. querrá saber en qué estado se halla su solicitud, no es verdad? prosigue diciéndome mientras se arregla al espejo el tieso y almidonado cuello de la camisa, el lazo de la corbata y un ricitto del cabello que en su pasada cólera se habia separado media línea de los demás.

- Si V. S. tiene la bondad de decírmelo....
- Deje V. el tratamiento.—Pues.... *Está al despacho.*
- ¿Para despacharse pronto?
- Sí, sí, *Está al despacho.*
- ¿Y cree V. que es cosa asequible?
- ¡Psi! Yo le diré á V... En fin, *al despacho está* y haremos cuanto se pueda, si no hay alguna Real orden en contra.
- ¿Y cuándo podré volver?
- Cuando V. guste.—Todos los dias.
- Es que tengo otras cosas que hacer.
- Pues entónces no vuelva V.—Ya se correrán las órdenes.—Diga V., ¿habrá V. venido á oír á la Patti? Es un ángel esa chica. Y nuestro amigo el diputado, ¿qué dice de estas cosas?...
- No le he visto hace dias.—Si V. me permite me retiro.
- Beso á V. la mano.—Nada, vaya V. descuidado que su asunto *está al despacho.*

En la escalera me he encontrado con aquel señor que ántes nos habló de los empleados, y le he suplicado me explique, como hombre que parece versado en esto de oficinas, lo que quiere decir la frase sacramental de *Está al despacho.*

—Al despacho está, me ha contestado, toda solicitud ó negocio que entra en una oficina desde el momento en que llega, puesto que para eso va allí, para despacharse.

Por lo tanto, desde que se registra su entrada, se distribuye al negociado, toma en el turno de espera entre los demás expedientes, llega su vez, se extracta, se pone la nota, se da cuenta, recae resolucion, se comunica ésta, se pone en limpio y á la firma la misma, vuelve el parte para registrar su salida, y la lleva el portero, mozo ú ordenanza á su destino, está siempre al despacho.

Así es que si en toda esta inmensa tramita-

cion, amen de las dilaciones originadas por consultas y dudas, dictámenes y aclaratorias, hay olvidos, demoras y omisiones en alguna de las infinitas manos por donde tiene que pasar, el asunto no se despacha, pero sin embargo *está al despacho*.—¿Lo entiende V?

—Sí, señor; pero yo creí que *al despacho* quería decir á la resolución definitiva é inmediata.

—Eso creen muchos, y eso es lo que en realidad debe significar; pero.... Dispense V., yo me voy por aquí.

—Pues mil gracias, caballero.... Vaya V. con Dios.

Veo que he hecho mal en venir á la corte por un mes; si hubiese sabido lo que ahora sé, no me hubiera movido de mi pueblo.

Pero á lo hecho pecho, y si pierdo el tiempo por un lado, voy descubriendo en cambio plantas desconocidas en los pueblos y que solo están aclimatadas en Madrid.

PLANTAS ARTIFICIALES.

—

I.

Esta mañana al levantarme pensé escribir á D. Torcuato; pero calculando que su sobrina lo habria verificado, puesto que á ella le interesa más que á mí, he dejado de hacerlo.

Esto me ha traído á la memoria mi última entrevista con aquella señora.

Y ¡oh dicha!—En el mismo momento me han entregado de parte suya el siguiente billete:

«La señora Doña Angustias Fernandez salu-

da al señor D. Ramon Nogales, suplicándole tenga la bondad de pasar á su casa, á las cinco de la tarde de hoy, para un asunto de interés y para acompañarla á comer, si gusta.—B. S. M. S. S. S.—A. F.»

Este *beso la mano* á guisa de citamiento judicial me ha producido una emocion encantadora.

No hay duda,—para asuntos de interés.—Esto es hecho; la viuda quiere vivir en Cifuentes.

Inmediatamente la he contestado afirmativamente, y poco despues he salido para hacer varios preparativos que creo necesarios para que mi presencia en casa de la bella Angustias produzca un efecto irresistible.

—

Mas al salir á la calle he recordado que hoy es dia de misa, y me he dirigido á la parroquia más inmediata.

A la entrada en el templo he visto lo mismo que en mi pueblo; muchos mozos parados á la puerta estorbando el paso, y francamente, no podia figurarme que en la capital se conservase una costumbre tan lugareña.

Terminado el santo sacrificio, he visto, al salir á la calle, desfilir el cortejo fúnebre de un elevado personaje, cuyo cadáver, colocado sobre un colosal catafalco, estaba dentro de la iglesia.

Dentro del templo, suntuoso tumulto cubierto de rico terciopelo galoneado de oro; profusion de blandones, candelabros y luces de todas clases; paredes enlutadas; soberbias colgaduras, misas y responsos.

Fuera, magnífico carro fúnebre; infinitos carruajes particulares é innumerables vehiculos de alquiler; centenares de pobres con hachas; músicas, y quizá más de mil convidados para dar pompa y ostentacion al cortejo.

Descienden el ataúd, colócanlo en el féretro, y la comitiva se pone en marcha, llenando el aire

con el eco de los cánticos religiosos y de los sonidos de la música.

Puertas y balcones véñse atestados de gentes que admiran tanto lujo; y por la calle no se puede penetrar al través de la inmensa muchedumbre que obstruye el paso.

Pugnando por conseguirlo, van al mismo tiempo en direccion opuesta cuatro hombres que llevan una mugrienta, desvencijada y sucia parihuela.

Tambien salen de la iglesia, pero no por la puerta principal, sino por otra lateral y pequeña.

Aquella parihuela la han sacado, no del templo, sino de un cuarto mezquino, oscuro y apartado que hay en uno de los pasillos del edificio.

Este cuarto es el depósito que en la parroquia hay para los muertos.

La parihuela es el ataúd de los pobres.

Y dentro llevan el cadáver de uno de ellos.

¡Con él no va nadie! — ¡Absolutamente nadie!...

Para el rico, las miradas, la admiracion, el respeto, la gran ceremonia, la ostentacion, las preces públicas y la adulacion á su familia y al rango del finado, llevada hasta la tumba, límite extremo puesto por la Providencia para atajar allí la soberbia del hombre.

Para el pobre, indiferencia, inquietud por lo que al pasar estorba, repugnancia por lo asqueroso del ataúd en que lo llevan; ¡silencio, soledad y abandono total de todos sus semejantes!...

¡Misericordia humana, tan pequeña como nuestra talla comparada con la inmensidad del espacio!

¡Diabólica ceguedad que nos impide mirar hácia el cielo y ver que al mismo tiempo que depositan al poderoso en el suntuoso mausoleo comprado con sus riquezas, y al pobre lo arrojan en la mísera fosa comun, allá en la divina mansion del Eterno caen á un tiempo en brazos del Omnipotente, amoroso Padre de todos los nacidos, las almas de ambos con igual bondad acogidas, con

igual misericordia juzgadas é igualmente perdonadas, sin otra distincion que la de los vicios ó las virtudes que en la tierra practicaron!

¡Flores artificiales de deslumbradores matices, pero de ningun aroma, con que cubrimos cuidadosamente el lodo de que estamos hechos!

II.

Así que la multitud de espectadores se disipa, vuelvo á acordarme de la invitacion de Doña Augustias y de que es preciso que me acicale y me ponga lo más bonito que puede ponerse un individuo del sexo feo.

Lo primero que necesito es cortarme el pelo, rizarlo, peinarlo y afeitarme; para lo cual no he de entrar en la primer barberia que al paso encuentre, sino en un establecimiento de lujo, donde al tenor de éste se halle la perfeccion en el arte.

Busquemos los rótulos y acertaremos.

Alto: aquí hay uno cuya muestra revela el nombre del propietario á despecho de la moral pública.—Pasemos.

Aquí hay otro que dice: *Peluquería de Correos*.

En este no tendrán tiempo para nada, si han de servir á todos los empleados del ramo.—Solamente para atender á los carteros necesitan doscientos mancebos por lo ménos.

Allí.—¿Qué dice?—*Afan*.—¡Zape! si tienes afan, es señal de que trabajas con exceso; y pobre del que ponga su cabeza entre tus manos.

A ver este otro:—*Barbería—Viuda de—Peluquería*.—*Sí—Sí*.

¿Qué es esto? Una barbería viuda, y viuda de peluquería.—¿Es decir, que estaban casadas siendo las dos hembras?—Vaya, bien han hecho en poner debajo.—*Sí—Sí*, que es como quien dice: cuéntaselo á tu abuela.

En aquella calle veo otro rótulo: examinémosle. *Sí—se afeita—Sí.*

Bueno; pero si no se corta y riza el pelo, ya no me sirve.—Además, ¿quién será este *Sí* doble?—Si yo supiera música, podría descifrar este par de notas, entre las que hay un compás de espera tan largo que da tiempo para que se afeite cualquiera.

Un amigo á quien despues encuentro, me dice que en mi escursion debo haber pasado por otros muchos establecimientos de los que busco, y que si no estoy despachado ya es por mi culpa.

—¿Y en qué los he de conocer? le he preguntado.

—¡Tóma! en el nombre de los dueños, que está puesto en las muestras.

—¿Y todos los nombres que hay solitos por esa inmensa multitud de muestras son de otros tantos peluqueros?

—Todos nó; pero varios de ellos sí.

¡Vean VV. lo que son las cosas!—Yo he visto infinitos rótulos donde dice: —*Fulano, Zutano, Mengano* á secas, y he creido que serian los nombres de otros tantos hombres célebres nacidos ó fallecidos en aquellas casas.—Más aún; me he acusado de ignorante al no poder acertar á punto fijo si acaso serían competidores ó rivales de Cervantes, de Ercilla, de Colon, de Pizarro, del duque de Alba, de Calderon, de Floridablanca, de Feijóo ó de Jovellanos.

Esto prueba que mis escasos conocimientos en floricultura me hacen confundir fácilmente las flores artificiales con las verdaderas.

Pero entre una cosa y otra el tiempo vuela y la hora de ir á casa de Doña Angustias se va acercando.

Salon para afeitar y para cortar y rizar el pelo.

Vamos, ¡gracias á Dios!—El dueño de este establecimiento, por lo ménos, ó no aparenta rubor ninguno en hacer pública su profesion, tan

honrosa como la que más, ó no se imagina que su fama es tan universal como la de tantos otros, que con poner sus apellidos á la puerta, creen que ha de ser bastante para que todos los habitantes del globo adivinen quiénes son y de lo que se ocupan.

Afeitado, pelado, rizado, empolvado y perfumado, corro á mi casa, me compongo y marchó á la de esa Angustias, que tantas empieza ya á causarme.

III.

Esta vez no soy yo quien espera.

Es ella la que me aguarda, coquetamente ataviada y sentada en su gabinete.

Por lo tanto, el lorito no se halla presente á nuestra entrevista.

Pero en cambio hay un jóven que apenas raya en los veinte años, alto, delgado, descolorido y barbilampiño.

Doña Angustias, á quien en virtud de su afable invitacion creí encontrar afectuosa y risueña, me recibe con cierta urbanidad glacial que me desconcierta.

—¿Se divierte V. mucho en Madrid? me pregunta.

—Señora, así así.

—Será V. forastero, exclama desdeñosamente el pollo.

—De Cifuentes, para servir á V.

—¡Ah! sí; ese pueblo está en Galicia.

—Nó, señor, que está en la Alcarria.

—Pero, Arturito, dice la viuda, ¿cómo ignora V. eso habiendo viajado tanto?

—Porque ese lugar no estará en ninguna línea férrea, y yo no viajo sino por ferro-carril.

—Para exponerse á un percance, solamente

por capricho, replica Doña Angustias con cierto disgusto cariñoso.

—Qué quiere V.; me gustan las emociones violentas.—Tengo gana de descarrilar, ó de encontrarme en un choque.

—¡Jesús! ¡qué horror!

—Pues ahí verá V., señora.—¡Tengo gana de descarrilar, hombre! ¡qué quiere V. que le diga!

—¡Vaya! ¡calle V. por Dios! continúa diciendo con zozobra Doña Angustias.—Me va V. á hacer el gusto de no marcharse esta noche.

—¡Já! ¡ja!... ¡No será cosa!

—Conque diga V., señor D. Ramon, ¿ha oido V. ya á la Patti? me pregunta Doña Angustias.

—Aún nó; pero ya se que es una maravilla.

—¡Oh, dicen que es un portento! repite la viuda.

—¡Divina! ¡divina! exclama el pollo con entusiasmo.

—A pesar de que, añade Doña Angustias, tambien se que es una chiquilla enfatuada que sale á la escena como si fuese á jugar al corro en la plaza de Oriente.

—¡Calumnia! grita el pollo; eso lo dicen los coristas de la Zarzuela.

—Nó, señor, replica la viuda; lo dicen varias señoras; así como que no puede compararse con la majestad de la Lagrange.

—Pues si lo dicen las señoras, basta, contesta Arturo.—Ya está explicado el enigma. ¡Como la Patti es jóven y bonita!... pues.

—Es que lo dicen tambien los hombres.

—Cuando hablen con esas otras señoras; pero cuando hablen entre sí, es posible que no digan lo mismo.

—¡Pero V. no la ha oido? pregunté yo á Doña Angustias.

—¡Ay! nó, señor, y harto lo siento.

El pollo se levanta, coge el sombrero, saluda y desaparece.

—¿Y cómo es que no ha ido V. aún á ver á esa notabilidad filarmónica?

—¿Qué quiere V? por no ir sola....

—¿Tan poco galantes son sus amigos de V. que renuncian ó evitan el orgullo de acompañar á una dama tan bella?

—¡Qué amable es V!—Pero como yo no tengo amigos.... Y mire V., esta misma noche hubiese ido de buena gana, porque canta en el Barbero de Sevilla.

—¿Y V. cree que se encontrarán billetes á última hora?

—Entre los revendedores, sí.

—Pues vea V. una bonita ocasión para que la oigamos los dos, si V. me dispensara la honra de permitirme me ofrezca á acompañarla.

—¡Jesús! Eso no puede ser.

—¿Y por qué?

—Porque no está bien....

—No hablemos más del asunto, y en llegando la hora probaremos á ver si la suerte me es propicia.

IV.

Poco á poco Doña Angustias ha ido presentando en su fisonomía diversos puntos de vista capaces de seducir al más austero anacoreta.

Desde el gesto de estudiada frialdad con que me recibió, ha pasado al de la indulgencia para venir al de la bondad, de este al de la afabilidad, al de la amabilidad, al de la condescendencia; ¡y ojalá no reserve la severidad y el desden para coronar la fiesta!

Hemos comido solos, y durante este acto me ha hecho un sin número de preguntas relativas á mi estado, á mi posición, á la de D. Torcuato, á quien dice que ha escrito dándole las gracias por

el recuerdo que de él ha recibido por mi mano.

Después ha vuelto á quejarse amargamente de lo triste que es vivir sola, atendida á una corta renta y á las bondades de su tío el señor D. Torcuato; de lo caro que cuesta todo en Madrid, por más economía que quiera hacerse; de las necesidades que tiene una señora de cierta clase para presentarse decorosamente en la sociedad; de sus deseos de encontrar un hombre de juicio y de posición desahogada, para probar si era cierto aún lo que yo le he dicho respecto á su hermosura física y moral, y hemos terminado por hablar de la solicitud que tengo entablada, motivo de mi venida á esta capital.

—Mucho me temo, me ha dicho, que si no cuenta V. con un poderoso influjo para el oficial que ha de despacharla, no llegue jamás el caso de resolverla.

—Ya le he llevado una targeta del diputado de mi distrito.

—No es poco eso; pero como no vaya él en persona....

—Mejor fuera así, efectivamente; más yo no puedo exigírselo.

—Pues entónces.... ¿Cómo se llama ese señor encargado del asunto?

—Don N. de T.

—¡Jesús! pues ya tenemos cuanto se necesita.

—¿Y cómo?

—¡Ah!—Forzoso es decirlo; pero será preciso hacer un sacrificio.—Mire V.: una amiga mía; es decir, amiga íntima nó.... pero en fin, es persona de poderosa influencia con ese caballero, y....

—Comprendido, señora; todo cuanto V. haga está bien hecho, y mucho más cuando lo que á mí me importa es que se me conceda lo que solicito cuanto ántes, aunque sea sacrificando una parte de los intereses que juegan en el asunto.

—¿Y asciende á 200,000 reales?

—Sí, señora.

—Pues veremos: mañana mismo me ocuparé de eso.

Después de haber tomado el café he salido en busca de dos butacas del teatro Real, mientras la viudita, por si acaso las encontraba, se ha quedado arreglando su tocado.

No se si la suerte me ha favorecido, porque si bien he hallado los asientos, creo que el revendedor ha leído en mi rostro que soy de Cifuentes, y me ha hecho pagar por aquellos la friolerilla de doce duros.

Pero no había más encargados de proporcionar al público solaces económicos que él, ni tampoco tenía ya más que las dos últimas butacas que le quedaban.

La palabra estaba dada, y no era caso de retroceder.

V.

La alegría de Doña Angustias ha sido inmensa al saber que por fin iba á oír á la Patti.

Entramos en el mismo coche que tomé al ir en busca de los billetes, y hétenos aquí ya en el teatro Real, en el mismo momento en que empieza la deliciosa sinfonia de *El Barbero*.

Si he de ser franco, declaro que desde esta noche soy partidario acérrimo de la Patti.

Lo cual ha puesto á la viudita de muy mal humor, durante algunos momentos de nuestra permanencia en el régio coliseo.

En cambio yo también los he tenido de asombro al notar la poca diferencia que hacen algunos concurrentes, personas bien vestidas, entre una plaza de toros y un templo del arte, centro de reunion de las gentes cultas, donde solo se debe respirar civilizacion y decoro.

Tambien esto prueba lo mucho que abundan las flores artificiales.

A la ida, y en los entreactos, Doña Angustias ha estado tan seductoramente amable conmigo, que hasta en el disgusto que ha manifestado al notar mi entusiasmo por la sublime artista, me prueba que si me determino á exponerle mis deseos de escoger para cónyuge una mujer tan guapa como ella, no he de tardar en saber la resolución, quizá favorable, de esta nueva instancia, tanto tiempo como la de mi peticion al Gobierno.

Y bien pensado, yo soy soltero, ya estoy próximo á doblar el cabo de *Buena-Esperanza* en la azarosa navegacion de la vida, necesito cuidados y una compañía, que ilumine con su presencia ese caos que rodea la existencia del célibe talludito.

Decídome, pues el momento es oportuno.

—¿Ve V., me dice, aquella señora jóven y bonita y aquel caballero que están en el segundo palco de platea á la derecha? pues son recién casados.

—¡Qué felices deben ser!

—¿Envidia V. su suerte?

—Mucho.

—Pues en su mano de V. está el hallarse en igual caso, si es que la felicidad cree V. que consista únicamente en estar unidos en santo matrimonio.

—¡Ah! Yo no sé en lo que consistirá su nueva dicha, pero me refiero precisamente á su nuevo estado.

—Pero falta saber si es de su agrado.

—¡Pues no lo ha de ser! ¿cómo pudieron si no escogerle?

—Es que uno de los dos pudo no haberle escogido, sino haberle sido impuesto.

—Es verdad; pero la mujer siempre escoge.

- ¿Y V. por qué no lo hace?
—Porque no he de ser yo la que primero hable.
—¿Y si yo le dijese á V. que si de hablar el primero se trata solamente, me atreveria á proponerme como candidato, por más que parezca pretension atrevida?
—Entonces.... tal vez.... Vaya, ¡esto es una broma!
—Tan léjos está lo que digo de ser chanza como....
—Chíst, ¡silencio!—Ya empieza el último acto.

La representación ha terminado.

Al salir del teatro y entrar en el coche, no se cómo ha sucedido, pero la viudita se ha engançado el vestido, haciéndose un desgarron tremendo, que segun ella dice, no tiene compostura. Su afliccion es inmensa: era el mejor traje que tenia: acababa de estrenarlo y le habia costado tres mil reales.

Ciertas frases consoladoras que pronuncio, entre las que se entreoyen palabras que indican la posibilidad de remediar el mal al dia siguiente, la tranquilizan del todo.

Y reanudando la cuestion interrumpida al empezarse el último acto de la ópera, obtengo de parte de Doña Angustias fundadas esperanzas de que accederá á ser mi esposa.

En este momento llegamos á su casa, donde entra, despidiéndose de mí con marcada afabilidad hasta el dia siguiente, en que debo volver para arreglar lo del influjo para el oficial que tiene mi instancia, lo del vestido roto, y más que nada nuestro proyecto de enlace.

¡Dios haga que esta rosa, símbolo de tantas esperanzas, no sea tambien artificial!

VI.

Estoy acalorado; necesito que me dé el aire; en aquel teatro Real hace un calor insoprible.

Despido el carruaje y vuelvo á mi casa á pié. Es la una de la madrugada.

El tránsito de las gentes por las calles es escaso: por algunas no pasa nadie.

Al entrar en la que habito, hallo tendido en el suelo un hombre anciano, pobremente vestido.

Al pronto pienso si estará borracho; pero deteniéndome á examinarle, noto á la indecisa luz que despide el hermosísimo gas con que Madrid está alumbrado, que su fisonomía revela un desfallecimiento absoluto.

—¡Buen hombre! ¿está V. enfermo?

Nada me contesta.

—¿Le ha dado á V. algún insulto?—¿Vive V. lejos de aquí? Yo le acompañaré.

El anciano solloza, se incorpora, y ayudado por mí se levanta con dificultad suma.

En este momento llega un sereno, que trae en un cinto enorme de suela más de veinte llaves colocadas unas al lado de otras.

—Hola, *amigu*: parece que el *tintu* está barato.

—Este buen señor no lo ha probado, contesté yo; y entre ambos debemos conducirle á su casa, porque su debilidad es extrema; su rostro revela dolor y miseria: el deber y la caridad nos mandan, á V. y á mí, que no le abandonemos.

—*Pás* acompañelo V., que yo no soy el sereno del Ayuntamiento.

Al decir esto suena una voz que grita: ¡Domingo! y el sereno de las llaves echa á correr en dirección del que le llamaba.

El desfallecido anciano parece que se ha re-



animado un poco; me dirige su triste mirada y con débil voz me dice:

—Dios recompense á V., caballero, su compasion hácia mí.

—¿Qué le ha pasado á V? ¿Se ha caído, ó es que se ha visto atacado de algún accidente?

—La extremada miseria en que me veo, me responde, me ha obligado ya á salir esta noche á implorar la caridad pública.—Pero la vergüenza que me causa verme en tan angustiosa situacion al cabo de mi dilatada carrera y al final de mi vida; la falta de alimento sin duda; el mucho tiempo que he pasado de pié y andando; la amargura de tener que implorar una limosna que me es negada por muchos, que acaso me confunden, como el sereno, con los viciosos y vagabundos; y el terrible dolor que me causa el considerar que con tan efimero como incierto recurso no he de poder atender á la subsistencia de mi pobre mujer, tambien anciana, me abrumba hasta perder cuanta fuerza y resignacion pudiera quedarme...

Ya me retiraba á mi casa, cuando de pronto se me ha anublado la vista.... he perdido el sentido, y no sé despues lo que me ha pasado....

Tengo hecha una solicitud para que mi mujer y yo seámos admitidos en un establecimiento de beneficencia.... pero miéntras se nos concede esta última gracia, los días corren y el sustento nos falta.... y con él las fuerzas físicas, que ya nos hubieran abandonado, si nuestra profunda resignacion cristiana....

Miéntras esto decia, habia ido el anciano marchando trabajosamente apoyado en mi brazo.

Llegamos, al terminar su relato, á otra calle inmediata, donde se detiene delante de una puerta que dice ser la de su casa.

—El cielo premie la caridad que V. ha tenido conmigo, me ha dicho.

—Tenga V. mucha confianza en que la Providencia jamas nos desampara, le he contestado al

mismo tiempo que le he dado dos ó tres monedas de oro que me quedaban en el bolsillo.

El anciano, al verlas, vierte abundantes lágrimas y se cubre el rostro.

Después me suplica me retire, puesto que para subir hasta su habitación no necesita mi auxilio por haber recuperado algunas fuerzas, enciende un fósforo y se despide, bendiciendo al Todopoderoso por su infinita misericordia.

Y yo vuelvo á tomar la dirección de mi casa profundamente afectado, al considerar la amarga situación de aquel desgraciado, en el que, á favor de la luz que habia encendido, acababa de reconocer á D. Nicomedes, el cesante que por primera vez habia visto en la Puerta del Sol.

Antes de llegar á mi habitación, se oyen gritos y la voz de una mujer que dice: ¡A ese pícaro ladrón!

Un hombre de mala traza pasa huyendo por junto á mí.—Nadie le persigue.

Veinte pasos más allá encuentro al sereno, á quien pregunto:

—¿Qué voces son esas?

—Yo no *lu* sé, porque estaba abriendo la puerta al *vecinu* del número 17.

—Y á ese hombre que corria ¿cómo no le ha detenido V. oyendo que gritaban ladrones?

—Porque yo no soy el sereno del Ayuntamiento.

—¿Y dónde está ese caballero?

—Fuése al cuarto: porque como yo estoy aquí hasta la madrugada, *díjume*: Si ocurre algo, ahí estás tú, *Domingu*.

Con tan convincente respuesta me he dado por satisfecho.—Continúo mi camino; llego á mi casa, llamo, y espero largo rato sin que nadie me abra.

Como es ya tan tarde, se habrá dormido la criada y no me oirá.

Llamo otra vez; otra, tres y hasta seis veces.

Llevo media hora esperando y nadie me abre.

Por fin el célebre Domingo se acerca á todo correr.

Llega, busca apresuradamente en su cinto la llave de la puerta; la encuentra, la introduce en la cerradura, y cuando va á dar vuelta al pestillo, me aproxima el farolito á la cara, me mira con aire estúpido, retira la llave de la cerradura sin haber abierto la puerta, y colocándola de nuevo en el cinto, me dice:

—Buenas noches tenga V.

—Pero hombre, no ¿abre V. la puerta?

—Nó, señor.—V. no es de los *vecinus* que pagan.

—¿Conque el que no paga duerme en la calle?

—Yo *nu* sé donde duerme, pero yo no le *abru*. El Ayuntamiento á mi no me paga, y solo estoy para servir á los *vecinus*.

—¿Y el que no paga no es vecino?

—Para mí no lo es.—Conque buenas noches.

Por fin baja la criada, abre, y al pasar junto al cuarto del portero, me dice éste desde la cama:

—Le han hecho á V. esperar mucho rato, ¿éh?

—Y V. ¿por qué no me ha abierto si lo ha oído?

—Oiga V., caballero, yo no estoy aquí para servir á V. ni á nadie.

—Pero sí está V. para cobrar todos los meses veinte reales de cada inquilino.

—Eso no es cuenta de V., sino del amo de la casa, que me ha puesto aquí para que cuide de ella.

—Tiene V. razon.—V. es un criado de ese señor pagado por los demás para que le sirva á él solo.

— ¡Vaya! déjeme V. en paz.— Más valiera que se retirase á la hora regular y no viniese alborotando la casa á las dos de la mañana.

— ¡Gracias á Dios que ya estoy en mi cuarto!

¡Qué dia y qué noche tan agitados!

Apago la luz y me recojo pensando en que las dos gangas mejores que cualquier ciudadano poco afecto al trabajo puede apetecer con más ahinco, son: ó una plaza de sereno de llaves, ó la de portero en una casa de vecindad; y que aun cuando estas plantas rústicas están perfectamente bien imitadas, no sirven para nada, porque tambien son artificiales.

ILUSIONES MALOGRADAS.

I.

El creciente amor que desde la noche en que estuvimos en el teatro Real Doña Angustias y yo, fui experimentando hácia ella, absorbió en tales términos los momentos todos de los dias que permanecí en Madrid, que ya desde la mañana siguiente á aquella memorable noche no volví á ocuparme de los apuntes diarios que para hacer mi viaje á la córte habia ido haciendo escrupulosamente, y que el lector conoce á estas horas tanto como yo.

A las zozobras, inquietudes y desasosiegos propios de estado de novios, siguieron disgustos y desilusiones que borraron de mi imaginacion el deseo de referirlos; pero andando el tiempo, gran-

de y poderoso calmante de los dolores producidos por las pasiones, mis ideas han ido tomando distinto rumbo, terminando por sugerirme el pensamiento de acabar la narracion de mis aventuras, de darlas á luz y de conseguir de este modo todo cuanto en la introduccion he tenido el gusto de exponer á VV.

Escusado creo referir que á la mañana siguiente del dia en que dejé interrumpido mi cuento, no falté á casa de Doña Angustias; que tampoco faltaron las palabras de cariñoso afán mútuo por saber cómo se habia pasado la noche; y que de dulzura en dulzura vinimos á parar en ir juntos á comprar un corte de vestido para reemplazar el roto, y otros accesorios indispensablemente adherentes al nuevo, cuyo importe total, ántes de hacerse, ascendió á unos cuatro mil reales próximamente.

Desde allí fuimos, siempre en coche, por supuesto, á ver á la modista, en cuya casa se mandó hacer dos sombreros y tres abrigos de entretiem po, que ajustó en otros 1500 reales más: luego á ver á la amiga del empleado para concertar el medio de que se despachase favorablemente mi solicitud, durante cuya entrevista permanecí yo en el carruaje, porque así lo exigia la prudencia; despues á comer á *Lhardy*, y por último al teatro de la Zarzuela.

El asunto de mi asunto se arregló, al decir de Doña Angustias, mediante el depósito de 10,000 rs. en metálico, con exclusion de todo billete de Banco, en poder de ella misma; requisito favorable en sumo grado para mis intereses, dijo, que á grandes esfuerzos habia conseguido obtener de la otra señora que debia percibirlos el dia que se me comunicase la resoluc ion, á condicion, no obstante, que la interesada en tomarlos los habia de ver en poder de Doña Angustias y recoger de

ella interinamente un pagaré de igual suma que sirviera de garantía.

Díle, pues, el dinero y no volvimos á hablar de ello en algunos dias, ocupándonos únicamente de los primeros preparativos para nuestra boda, que habia quedado ya resuelta por el perfecto asentimiento de la viuda.

De esta manera mi inexperiencia me impedía estudiar y conocer los rasgos demasiado caracterizados de aquel tipo; y si alguna sospecha hubiera podido turbar mi incauta confianza, el amor con sus ciegas ilusiones habia acudido en ayuda del engaño para guiar á su antojo mis pasos por la desconocida senda que tan velozmente iba recorriendo.

De este modo marchaba sin saberlo al descubrimiento de verdades de mucho precio,—que no fué escaso el que me costó aprenderlas,—y á la comprobacion indudable de que el saber un poco de cuanto pasa en el mundo cuesta al hombre muchos sinsabores y todo el tiempo que dura su vida para comprender cuando muere que muere sin saber nada.

II.

Un dia que llegué en casa de mi futura con un regalo de los que, á fuer de galan pretendiente, iban mermando considerablemente mi haber, tuve que esperar á que concluyera de vestirse; y como para entretenerme me aproximase á la jaula del lorito, éste adivinó sin duda mi deseo de pasar el rato agradablemente, y empezó el siguiente diálogo, que por más inconexo que parezca, revelaba toda una escena poco grata en verdad para mis oídos:

—*Já.... já.... ¡Lorito Real!—¿Has descarrilado?*
Já.... já....

—¡No tengo gana de bromas!

—Já.... já.... já.... ¡Qué furioso está el señor! ¿No le ha ido á V. bien en su viaje?—¡Marcharse como un loco dejándome con la palabra en la boca!...

—Ya quedaba V. bien acompañada con ese señor...

—Já.... já.... ¡Para España, y no para Portugal!... Lorito: daca la patita. ¡Já.... já!... ¡No me haga V. reir! Já.... já.... já....

—¡Hola! exclamé yo para traerle á la memoria otra vez su interrumpida escena, con ese señor D. Ramon, ¿eh?

—¡Ah! ¡Pobre señor! Es un amigo de mi papá que fué con él á la escuela.—¡No quiero ir á la escuelaáááá!!—¡No quiero ir á la escuelaáááá!! ¿Es posible que seas tan cabiloso, amor mio?

—Yo no soy amor en comandita, y.... ¡Canasto! ó él ó yo.—¡Mis ideas políticas no me permiten transigir en nada con el de Ardoz!!

—No es de Ardoz, que es de Cifuentes.... Já.... já.... Ese que tú dices es de Loja.... Ya le conozco.

—Hola, también le conoce V., ¿eh?—¡Si digo yo que es V. una alhajita!!

—Vamos, corazón mio, no te enojés... ¡Lorito! ¿eres casado?—Chocolatito al loro.—¡Vamos canta, canta! Límpiate la baba.—Límpiate, sí.—Límpiate la baba.—¡Pobre chimorrín!! Já.... já.... já....

Y continuando despues el pajarito parlero como si remedase una conversacion en voz baja, siguió balbuceando otra infinidad de gracias de las que sabía.

—

En aquel momento apareció Doña Angustias, que no solo llamó para que se llevasen el loro de aquel sitio, sino que se me presentó con cierto aire de enfado.

Haremos gracia al lector de la escena desagradable que entre nosotros pasó, pues ya puede imaginarse que provocados mis celos por la inesperada cuanto indiscreta revelacion del loro, el

ardid á que apeló la viuda manifestándose celosa á su vez por mi tardanza en venir á verla aquel dia, léjos de conjurar la tormenta, no hizo sino condensar el nublado y hacer más violento el estallido.

Sin embargo, como la razon estaba de mi parte, y aunque así no hubiese sido, las habia muy poderosas para que á ella le interesase en sumo grado calmarme, fué poniendo en juego poco á poco cuantos recursos poseia, y no tardó mucho tiempo en quedar dueña del campo, asegurándome y jurando, que el pollo barbilampiño, amigo de descarrilar, á quien, como habrán VV. comprendido, parecia referirse el lorito en su diálogo, era un pobre muchacho hijo de una íntima amiga suya, al cual habia visto nacer; que el pobre estaba en mala situacion, por cuya razon acudia á ella frecuentemente pidiéndola algunos medios con que hacer frente á sus compromisos; y que como se ocupaba en desempeñar varias comisiones fuera de Madrid, viajaba á menudo, hallándose en aquellos momentos en Andalucía, para donde habia marchado la tarde que yo le ví en su casa, y de cuyo punto ni habia vuelto, ni volveria lo ménos en dos meses.

Y por último, que lo que habia repetido el lorito era una escena que habia pasado el dia anterior, miéntras ella y yo habíamos ido á paseo, entre su doncella y el novio de ésta, que era guarda-freno en una de las líneas de ferro-carril, á cuya conversacion el pobre vicho habia añadido cuantas palabras más se le habian antojado de todas las que diariamente oia á diferentes personas.

Ignoro realmente cuál fué el paradero de aquel intransigente enemigo de mi nombre, pero es lo cierto que jamás le volví á ver; y esta circunstancia apareció á los ojos de mi enamorado espíritu como una prueba evidente de la lealtad de Doña Angustias y de lo infundado de mis sospechas.

III.

Pocos dias habian trascurrido de cuanto llevo narrado, cuando una mañana ántes de salir de mi casa recibí la siguiente carta:

«Cifuentes 28 de Abril de 186....—Mi querido amigo: Mucha es la inquietud en que metiene su largo silencio.—Desde el 30 del pasado, dia en que marchó V. de esta, nada he vuelto á saber de su salud, del estado de sus asuntos ni de cómo le va en esa.»

«Con todo; figurándome que nada malo le habrá ocurrido; puesto que las nuevas desagradables pronto llegan, y que sus muchas ocupaciones le habrán impedido escribirme, me habia propuesto esperar su próximo regreso para salir de todo cuidado; y seguramente no le hubiese escrito sino hubiese ocurrido el incidente de que paso á hablarle.»

«Ayer he tenido carta de mi sobrina Angustias, viuda de Zalea, participándome haber mudado de domicilio en los primeros dias del presente mes, y extrañando que yo no haya hecho caso de la súplica que anteriormente á dicha fecha me tenia hecha, para que le remitiese algun auxilio con que poder remediar sus apuros.—Como V. fué precisamente encargado de entregarle los 4,000 reales que para este objeto la mandé por su conducto, le aviso inmediatamente lo ocurrido, comprendiendo que no habrá cumplido mi encargo por no haber hallado á mi sobrina en la casa cuyas señas le di, y suplicándole pase en seguida á explicárselo todo á su nuevo domicilio, calle del Amor de Dios, número... cuarto....»

«Espero me conteste V. en seguida; y deseo que arreglados satisfactoriamente todos sus asuntos, tenga pronto el gusto de abrazarle su verdadero

amigo que le quiere y B. S. M.—Torcuato Fernandez.»

Apénas hubé terminado esta lectura, cuando corré á casa de mi Doña Angustias, y poniendo la carta de D. Torcuato entre sus manos, esperé á que la leyera, téniedo yo la vista clavada en su semblante miéntras ella lo verificaba.

Ni la más remota señal de turbacion apareció en el rostro sereno y simpático de aquella diestra mujer.

Mas apénas hubo concluido de leer el manuscrito, encendióse en cólera, apostrofándome duramente por la injuria que la inferia al presentarla una acusacion de semejante naturaleza, ántes de haber aclarado con D. Torcuato los hechos que pudieran producir tamaño enredo; ántes también de haber dado cuenta á aquel señor de lo ocurrido en nuestra primera entrevista, y de haberle hecho fuertes cargos por su desconfianza en mí, despues de la carta, que ella juraba haberle escrito acusándole el recibo de los 4,000 reales.

—Pero ¿no se ha mudado V. á esta casa en los primeros dias de este mes? le objetaba yo.

—Ciertamente, me replicaba, y eso es lo mismo que dice mi tio.

—Pero es que éste añade que su sobrina se ha mudado de aquí á la calle del Amor de Dios, número.... cuarto....

—Pues precisamente en eso está el error que no concibo.—Yo soy quien se ha mudado desde aquella casa y calle á esta donde V. me halló la primera vez.

—Entónces voy yo mismo á ver quién es esa señora que ahora dice que vive allí, y así sabremos qué contestar á D. Torcuato.

—Me parece perfectamente: vaya V. allá, averigüe lo que tanto nos interesa, y.... si á V. no le sirve de molestia, añadió con extremada coquetería, complacer á la que tan pronto ha de ser su esposa, desearia fuese de paso á la Vicaría á ver

si ese otro asunto que á mí por lo ménos me interesa tanto ó más que el de la carta, se activa y lo despachan pronto, para poner fin á este estado impaciente en que se halla siempre el que como yo ama con delirio....

Estas últimas palabras, pronunciadas con un acento de ardorosa verdad y acompañadas de una vehemente mirada y de un cariñoso apretón de mano, hicieron todo el efecto que ella se proponía.

Sali, pues, de casa decidido á llevar ante los tribunales á la impostora vecina de la casa número.... de la calle del Amor de Dios, y á correr despues á la Vicaría para emplear todos los recursos que el deseo me sugiriera para obtener el pronto despacho de nuestro expediente.

IV.

Al llegar á la calle donde, segun la carta de D. Torcuato, vivia su supuesta sobrina, me sorprendió mucho ver en los balcones del cuarto que aquella debia habitar, papeles en señal de estar desalquilado.

—Diga V., señora, pregunté á la portera, ¿vive aquí Doña Angustias Fernandez, viuda de Zalea?

—Nó, señor, me respondió secamente.

—¿En ningun cuarto?

—*En denguno.*

—Pues á mi me han asegurado que sí.

—*Pus yo le digo á V. que nó, y basta.*

—¿Y en ese cuarto desalquilado quién vivia?

—¡Mucha gana de conversacion trae V., caballero!

—Es que me interesa tener noticias de esa señora.

—Pues si quiere V. noticias, lea V. los *perodicos.*

—Pero, señora, dígame V. si vivía una señora viuda en ese cuarto.

—Una señora sí que *vevia*, pero no faltaba más sino que yo la hubiese ido á pedir la fé de *casaa* ni de viuda ni de *náaa*.—Le digo á V. que en esta casa no hay Angustias ni Náuseas.

Pregunté en seguida en toda la calle, y nadie me dió razon de la viuda misteriosa; con lo cual, confuso de haber causado á mi futura esposa tamaño disgusto por una circunstancia tan inexplicable, de la que el mismo D. Torcuato debía ser víctima, dejé para más tarde el ir á la Vicaría, y volví corriendo á casa de mi prometida.

—

No dejó de sorprenderme el largo rato que sin abrirme la puerta me tuvieron esperando; pero fué mayor mi asombro cuando al entrar ví por todas partes baules á medio llenar, vestidos tirados por el suelo y todo en el mayor desorden.

El aire azorado que al abrir la puerta noté en el semblante de la doncella, y lo llorosa y aturrida que encontré á Doña Angustias, concluyeron por hacerme creer que durante mi corta ausencia había ocurrido allí alguna catástrofe.

—¿Qué pasa, señoras?—¿Han entrado ladrones? ¿qué es lo que aquí ocurre?

—Ocurre, me contestó, que esa carta de mi tío es para mí una desgracia que no puedo soportar. ¡Qué pensará V. y todo el que llegue á saberlo, de una señora que como yo tiene tan bien sentada su reputacion!

—No pensará, repuse, sino que aquí hay alguna trama urdida contra V., por la cual se ha conseguido sustraer la carta que le remitió á Don Torcuato y en su lugar haber hecho llegar á sus manos esa otra cuyo contenido copia en la que él me envía.

—Pero, ó mi tío ha perdido el juicio, replicó Doña Angustias entre sóllozos y lágrimas, hasta

el punto de desconocer mi letra, ó la persona que en tal compromiso quiere ponerme ha imitado la mia en términos de que aquel la haya creído verdadera.

—Es preciso, continuó, que esta noche misma marche á Cifuentes, que me oiga mi tío, que me enseñe esa carta y que de este modo se aclare este enigma.—V. me acompañará: V. le dirá si en efecto no me entregó los 4,000 rs., y V. se convencerá de la verdad que haya en todo este enredo.

—No creo necesario semejante paso, la dije, ni mucho ménos darlo con tanta precipitacion, máxime cuando acabo de saber que en toda la calle del Amor de Dios ni vive ni ha vivido semejante señora desde que V. mudó de domicilio.

—Pues razon de más para que no desista de mi resolucion, repuso la viuda tornándose de afligida y dudosa, en firme y decisiva; esta noche en el tren correo de Zaragoza saldremos V. y yo para Guadalajara, desde donde nos encaminaremos á Cifuentes.

Despues de aclarado allí este embrollo, daremos parte verbal á mi tío de nuestro próximo enlace, y cuando regresemos, podremos verificarlo; pudiendo yo entónces presentarme ante el altar con la conciencia tranquila por el conocimiento de que mi esposo no abriga ni remotamente la más ligera sospecha de que en el asunto en cuestion haya ni un ápice de duda.

Conque no hay que perder tiempo, amigo mio; corra V. á su casa, arregle su equipaje, si piensa llevarlo, vuelva V. aquí, comeremos juntos y á la noche marcharemos.

V.

Como yo tambien estaba interesado en que D. Torcuato se convenciese de que los 4,000 rea-

les que me habia entregado habian llegado á su destino, no me pareció inoportuno acceder al plan propuesto por Doña Angustias; tanto más, cuanto que siendo el matrimonio un accidente crítico en la vida y en los intereses del que lo lleva á cabo, el mio, tan próximo á verificarse, exigia que yo volviese á mi pueblo para tomar ciertas disposiciones consiguientes á este suceso.

Sali, pues, para hacer algunas compras que cuando fuí á Madrid me habian encargado, y que debia entregar á mi regreso á Cifuentes, y volví á mi casa, donde hice mi equipaje, que resolví llevarme para renovarle.

Iba ya á dejar mi habitacion acompañado de mi amigo, cuando acordándome de la pobre enfermita de la boardilla de enfrente, quise, al ménos con la vista, despedirme de ella.

Tambien como la tarde en que presencié la escena ocurrida entre su hermanito y los muchachos de la calle, los últimos rayos del sol iluminaban las quebradas tejas de su vivienda; tambien cruzaban por el espacio ligeros vapores que, rizándose allá en el horizonte, formaban fantástico pabellon en cuyo centro iba desapareciendo el disco de oro que en torno suyo despide el luminoso Febo; mas esta vez no estaba abierta aquella ventana por donde la infeliz doliente contemplaba horas enteras los encantos misteriosos de la bóveda celeste.

Al través de la cortinilla colocada detrás de la vidriera veíase el resplandor de una bugía, á favor de la cual se dibujaban varias sombras de otras tantas personas que se movian alrededor del lecho de la enferma.

De tiempo en tiempo, *Alí*, el inteligente y fiel *Alí* lanzaba un triste aullido.

¡Pobre niña!

Agravada su dolencia, quizá se halle próxima á dejar para siempre el azaroso sendero de la vida; y su alma acaso en breves instantes, pura

como la brisa embalsamada de esta tarde primaveral, llegue intacta á la mansion del Eterno para aumentar el número de los ángeles que allí ensalzan y bendicen su divina Omnipotencia.

¡Salve, inocente mártir, escogida para ser de los bienaventurados!

¡Sean los sufrimientos de tu cuerpo la palma de gloria con la que alcances la infinita recompensa de toda una eternidad de inefable ventura!

.

Absorto en tales pensamientos hubiese permanecido asomado al balcon de mi cuarto, si mi huésped no me hubiese advertido de que el mozo que llevaba mi equipaje estaba ya en marcha.

Despedime de mi amigo, miré otra vez hácia la ventanita de la boardilla en el momento en que *Alé* daba otro aullido, y salí enjugando las lágrimas que á pesar mio se escapaban de mis ojos, al considerar que me separaba tal vez para siempre de aquella desventurada criatura.

VI.

Cuando entré en casa de Doña Angustias era ya casi de noche.

Su equipaje habia desaparecido, cosa que me chocó algun tanto, y que ella me explicó diciéndome, que como las señoras llevan siempre tantos baules, lo habia mandado á facturar con anticipacion, porque no le gustaban atropellos á última hora.

Comimos á toda prisa, nos dirigimos en seguida al ferro-carril, y dos horas despues marchábamos en un coche reservado de primera clase,—

que así lo exigió Doña Angustias,—ella, su doncella, el lorito y yo.

La doncella que nos acompañaba habia sido la encargada de ir á facturar el equipaje de su señora, pero yo ignoré en aquel momento que tambien habia tomado asientos para las dos.

Así es que cuando su ama y yo llegamos á la estacion, cumplí en el acto su deseo de tomar por mi cuenta el coche reservado; y cuando aquella se nos incorporó en el anden con el lorito, solo me llamó la atencion la presencia en aquel sitio de semejante viajero.

Una vez en marcha, pregunté la causa de que el pajarito compusiese parte de la comitiva, permitiéndome algunas chanzas acerca de lo importantes que pudieran ser sus palabras en presencia de D. Torcuato.

No fué menester más para que Doña Angustias montase en cólera de una manera alarmante.

Rompió primeramente el fuego de todas sus baterías contra mi indefensa persona, llenándome de improperios; despues de lo cual, consumidas ya sus municiones, temí un ataque al arma blanca, puesto que ví sus delicadas uñas muy cerca de mis ojos: prosiguió la escena con su correspondiente convulsion nerviosa y terminó al parecer con un silencio profundo.

Mas, cerca ya de la estacion de Azuqueca,—me acordaré toda mi vida,—última que hay en la línea, ántes de llegar á Guadalajara, se levanta de pronto, se aproxima á la ventanilla y hace ademán de arrojar por ella fuera del coche.

Entónces fué preciso apelar á los halagos, á la dulzura, á las caricias y á las palabras cariñosas.

—Pronto empieza V. á darme disgustos terribles, caballero.

—Nó, señora mia; ¡no es eso! ¿Cómo puede V. imaginarse que yo, que daria mi vida por hacerla feliz, he de tener ni por un instante el menor pen-



samiento de ofenderla? Vamos, ¿qué sacrificio exige V. de mí?... Hable V....

—¡Azagueca! ¡un minuto! gritó un hombre en aquel instante.

Y el tren se paró.

—¡Ay Dios mio! exclamó dando un grito horrible la doncella.—¡El loro! ¡el lorito se ha escapado!

—¡Mi loro de mi alma! gritó Doña Angustias; corra V., cójale V., tráigamelo V.... ¡Mi loro! ¡mi loro! ¡mi loro, ó muero aquí en el acto!

—

Lánzome en seguida fuera del coche, y corro hácia donde oia la voz del pajarito, que revoloteando acá y acullá decia: *¡El suplemento extraordinario á las Novedades!*

Mas en el momento en que iba á poner la mano sobre él, suena la señal de partida; el loro se asusta, da un salto, cae debajo del tren; parte éste con toda velocidad, y solo veo los brazos de Doña Angustias moviéndose fueza del ventanillo del coche con más velocidad que las aspas de un molino de viento, distinguiendo apenas su condolida voz, que gritaba: ¡Mi loro! ¡El loro de mis entrañas!... Mi.... mi....

—

Confieso que todo el calor de los treinta y seis veranos que he pasado en mi vida reunido, no me hubiera producido más sudores ni más angustias que los que por una de ellas pasaba en aquel momento.

El loro, que milagrosamente se habia salvado, fué conducido á mi presencia por un guarda-aguja de la estacion, y con sus chistes y sus voces causó la hilaridad de los escasos espectadores de aquella escena, formando así singular contraste con mi afliccion.

Pero no era caso de perder tiempo llorando un mal que aun podia tener remedio.

El jefe de la estacion, condolido de mi situacion, y queriendo remediarla en parte, me facilitó un caballo y un criado para que marchase á Guadalajara cuanto ántes, puesto que hasta la mañana siguiente no pasaria otro tren en aquella direccion; y puesto que lo interesante era llegar á aquel punto lo más pronto posible para calmar á Doña Angustias, que estaria esperando su loro, ya que tal vez no á su futuro marido, y aprovechandola salida del carruaje que va á Cifuentes, llegar á la mañana siguiente á nuestras casas.

VII.

A la una de la madrugada llegué á la estacion de Guadalajara, donde contaba encontrar á Doña Angustias y alguna noticia que allí me hubiese dejado del sitio donde estuviese hospedada, ó bien de la determinacion que hubiese tomado.

Pero ¡oh confusion y sorpresa!

Ni en la estacion, ni en todas las fondas y posadas de Guadalajara, ni en la administracion de los coches de Brihuega, que son los que hay que tomar para ir á mi pueblo, en ninguna parte, en fin, hallé quien me diera razon de la viuda, de su criada ni de su equipaje.

Y lo que más aumentaba mi zozobra, era que el mio estaba depositado en la estacion del ferrocarril, íntegro, pero solito; cuando lo lógico era que facturado el de Doña Angustias para el mismo punto, ó estuviese allí tambien, si ella no se habia presentado, por un incidente cualquiera, ó de haber retirado el suyo, hubiese dicho alguna cosa referente al mio, que debia quedarse allí por tener yo el talon para reclamarle.

Pregunté si habia noticia de algun percance ocurrido á los viajeros desde Azuqueca á Guadalajara, temiendo por un instante si la desespera-

cion habria podido impulsar á aquella mujer vehementemente á un acto atentorio contra su existencia, y me contestaron que nada absolutamente habia ocurrido. Fui en seguida al telégrafo á ver si se habia expedido algun despacho para mí á la estacion de Azuqueca, y obtuve igual respuesta.

Cansado, destrozado, aburrido y lleno de dudas, con el famoso lorito debajo del brazo, recogí mi equipaje, despedí al criado que habia venido conmigo y me hospedé en una fonda para descansar algun rato.

VIII.

A la mañana siguiente emprendí la marcha hácia mi pueblo, animado con una vaga esperanza de que allí encontraria ya á Doña Angustias; esperanza que tomó toda la consistencia de certeza, cuando al llegar á las cercanías de Cifuentes hallé un convecino mio, que me dijo, entre otras cosas, que D. Torcuato estaba muy contento porque habia llegado la sobrina que tenia en Madrid; y aunque añadió que por cierto la tal viuda era bastante fea, yo no di importancia á semejante observacion, creyéndola hija de la diversidad de gustos que en este mundo existe.

Inmediatamente me dirigí á casa de mi amigo, el cual, reconociéndome á larga distancia desde la ventana de su habitacion, me salió al encuentro diciéndome:

—Bien venido, perillan; ¿cómo le ha ido á V. por Madrid?

—¿Cuándo ha llegado? le pregunté preocupado.

—¿Quién?

—Angustias.

—Vino anteayer á estas horas.

—Señor D. Torcuato, ¿está V. en su juicio!

—Hombre, yo creo que quien viene trastornado es V., repuso riendo.

—¡Lorito real! gritó el pájaro verde, que siempre que oía una conversacion animada tomaba parte en ella.

—Calla, ¿ha estado V. tambien en América? Pues dígole á V. que en un mes justo que ha durado su ausencia, ha viajado más que Mr. Arago.

—Vaya, prosiguió D. Torcuato, entre V. y avisaremos á Angustias, que está en la huerta.

¡Infame! pensé para mí; en vez de estar inquieta por saber qué era de su novio y de su lorito, se entretiene en ir á ver coger guisantes ó quizá en arrancar patatas. —Pero ¡báh! esto será otra chochez del bueno de su tío, igual á la de figurarse que hace ya dos dias que su sobrina ha llegado de Guadalajara.

—Señor, dijo asomándose á la puerta una joven, que por su traje parecia una criada de las que sirven en Madrid, la señorita no está en la huerta, y dice la mujer del hortelano que se ha ido paseando hácia las eras.

—¡Jesús qué diablo de muchacha! exclamó Don Torcuato: vé á buscarla y dila que venga corriendo.

Mas cuando yo empezaba á perderme de nuevo en un laberinto de dudas, al ver que aquella que parecia ser la doncella de la sobrina de mi amigo, no era la que habia dejado escapar al loro, héte aquí que se presenta ante nosotros una señora alta, delgada, pálida y de una irregularidad en sus facciones que pudiera producir disgusto más que otra sensacion cualquiera.

—Aquí tienes á D. Ramon, dijo al verla su tío.

—Y esta es mi sobrina Angustias, continuó dirigiéndose á mí.

Al ver desatado de una manera tan inesperada cuanto desagradable el lazo en que con tanta astucia por parte de la viuda escapada, como inocencia por la mia, estaba preso desde el dia en

que cometí la imprudencia de entregarla los 4,000 reales de D. Torcuato, sin haber hecho las averiguaciones que la prudencia exige para tales casos, sentí agolparse á mi cerebro toda la sangre de mis venas.

La cólera y la vergüenza vencieron á la serenidad y á la calma que entónces necesitaba, é influyendo en mi organizacion de un modo poderoso, me causaron un ataque á la cabeza que, privándome del sentido, me impidió saber por algunos dias cuanto despues de la aparicion de la verdadera sobrina pasó en torno mio.

IX.

Quando empecé á recobrar la razon me hallé en cama en casa de mi amigo, porque el estado en que el facultativo me encontró el dia de mi accidente no permitió que fuese trasladado á la mia.

Pero á poco vinieron las explicaciones por parte de D. Torcuato, de la mia y de su sobrina, reducidas á que, precisamente en los dias en que yo salí de este pueblo para Madrid, y en los dos ó tres que tardé en ir á la casa donde hallé á la otra Doña Angustias, habia aquella cambiado de domicilio, yendo á habitar á la calle del Amor de Dios, donde tan tarde fui despues á buscarla; que esperando confiada en que su tio atenderia como siempre á la súplica que le habia hecho de que la socorriese en sus apuros, no se habia atrevido á serle molesta, á pesar de que extrañaba mucho no recibir carta ni noticia suya por ningun conducto; que este por su parte, persuadido de que si yo no le escribia ni le daba razon de haber cumplido su encargo, sería por causa de mis ocupaciones en Madrid, y de que de un momento á otro recibiria el aviso, tampoco se habia apresu-

rado á preguntar á su sobrina si me habia visto ó nó, ni mucho ménos á mí, por no inferirme ni remotamente la menor ofensa; que escogiendo su sobrina el pretexto plausible de participarle su cambio de domicilio, para advertirle de paso que no habia tenido contestacion á su indicacion anterior, habia escrito la carta que provocó la crisis del asunto; y que al saber ella que ocurría algun suceso extraño, y hallándose además decidida á abandonar Madrid por otras razones, habia desalojado su casa de la calle del Amor de Dios hacia tres dias, poniéndose en camino para Cifuentes.

Para complemento de tantos sinsabores como iba experimentando, recibí á los dos dias una carta de mi amigo el de Madrid, incluyéndome el oficio en que por la dependencia donde radicaba la solicitud que me habia hecho ir á la capital, se me comunicaba la resolucion de la misma en sentido negativo.

En la carta me decia asimismo que, enterado como lo estaba por mí de todo el asunto y de sus detalles, habia ido á informarse en la oficina del contenido del oficio que me remitia; y que en vista de tan desfavorable resultado, habia pasado á la casa donde creíamos vivía la dama que segun Doña Angustias debia haber alcanzado la gracia, mediante los 10,000 reales depositados.

Pero que léjos de vivir en dicha casa persona alguna que llevase el nombre y perteneciese al sexo fingido, solo habia averiguado que allí vivía el jóven viajero que tanto deseaba *descarrilar*; el cual, al ver á mi amigo y entrar con él en explicaciones acerca del suceso, habia realmente *descarrilado*, prorumpiendo en improperios y denuestos contra la traviesa viuda, de quien aseguró ser original toda aquella trama de enredos y de embustes, para explotarme de la manera astuta y atrevida con que lo habia llevado á cabo hasta el

último momento, y de cuyo paradero ni tenia noticia, ni queria tenerla jamás.

Con estos últimos detalles todo quedaba explicado. Entónces recordé las palabras que me dijo aquella pérfida cuando la vi por vez primera: —*Angustias me llamo y viu la soy.... pero....*

Entónces comprendí su fingido amor, tan súbitamente indicado en la primera visita como fuertemente desarrollado á medida que iba explotando mi inexperta candidez; entónces conocí, aunque tarde, toda la maldad que se ocultaba bajo aquella figura tan bella, explicándome perfectamente su obstinacion en que no viese á la supuesta señora amiga del oficial que habia de despachar mi pretension; su precipitacion en querer escapar ántes que yo hubiera vuelto de la Vicaria el dia de nuestra salida de Madrid, y su refinada perspicacia para idear, al verse inesperadamente sorprendida por mi súbito regreso, otro ardid tan diestramente llevado á cabo como el que puso fin á tan peregrina historia.

REALIDADES.

Todo el que haya sido alguna vez víctima de un amargo desengaño, que le haya ocasionado además alguna enfermedad, sabrá la profunda huella que aquel deja en el ánimo y lo lentamente que por esta causa se opera el restablecimiento del cuerpo.

Nada lacera más el alma que el ver toda su bondad, toda su esperanza y todas sus ilusiones deshechas y pisoteadas por la osada planta del dolo ó de la traicion; únicamente si sus aspiraciones han sido puras, si todas sus acciones han

obedecido á sus nobles impulsos, halla consuelo en su bondad misma; y redejándose entónces en ella el espíritu divino que la ha formado, ve renacer la calma, y á su lado el perdon y el olvido de la ofensa recibida.

Mas esta reaccion, por benéfica que sea, es gradual y pausada, efecto de la lucha que va sosteniendo con las pasiones, hasta triunfar de ellas por completo.

Por eso sabe el que ha sufrido la profunda melancolía que por largo tiempo nos aqueja, y cuán despacio se repone nuestro estenuado espíritu.

Dos meses han trascurrido desde que tuvieron lugar cuantos sucesos dejo relatados.

Al cabo de este tiempo ya no los recuerdo con enojo, tanto ménos, cuanto que recobrando la razon todo su imperio, ha venido á demostrarme que el origen de todos ellos estaba en mi inexperiencia para conocer los encubiertos peligros que el mundo encierra.

Es más: momentos hay en que entiendo que en el bautismo de hombre experto que en la capital he recibido, hay una lección provechosa para poder comprender la cautela con que un carácter noble, franco, leal y generoso debe resguardarse de las asechanzas de una sociedad que, como la que en Madrid he visto, usa siempre un antifaz que oculta sus defectos; que si en aquel inmenso dédalo de maldades hay muchos seres buenos, y acaso por esto mismo desgraciados, es más fácil tropezar con aquellos que con estos, porque mientras la ficcion se pavonea por todas partes, la verdad de lo malo va oculta bajo el disfraz que la engalana, ó se esconde, cuando es buena, en los sitios más apartados.

Mas estas reflexiones, que perteneciendo exclusivamente al órden moral, ponen en relieve la

certeza de que bajo este punto de vista cuanto al hombre rodea, son otras tantas verdades de inmenso valor para poder apreciar el variado contraste de vicios y de virtudes que en la especie humana se hallan, y con algun conocimiento de ellos, huir de los primeros para seguir las huellas de las segundas, son, no obstante, un resultado abstracto que solo ve el que le deduce.

La muchedumbre se atiende solo á los hechos materiales, y buscando estos en todo cuanto me ha ocurrido, despues de haber recobrado mi perdido buen humor, y con él el deseo de continuar el interrumpido diario de mi viaje á Madrid, hallo:

Que en treinta y un dias justos que pasé en la gran capital de la nacion española, perdí mucho tiempo, muchísimo dinero y mucha paciencia; mi esperanza de conseguir lo que á mis intereses tanto convenia, y las ilusiones encantadoras que con sus gracias físicas y refinados ardides habia hecho nacer en mí aquella sin par Doña Angustias.

Y por último, como complemento de este epílogo, que como de todo cuanto me ha ocurrido no queda otro producto aparentemente positivo que un triste recuerdo insuficiente para reparar mis quebrantos materiales y un loro que para nada me sirve, puedo decir á ciencia segura que el tiempo que permanecí en la córte dió por único resultado una série no interrumpida de ver laderos desengaños.

FIN.



1071622

REV. C. A. BOWEN

1870

1870

REV. C. A. BOWEN

1870

1870

1870

REV. C. A. BOWEN

1870

1870

1870

REV. C. A. BOWEN

1870

1870

1870

1870

1870

1870